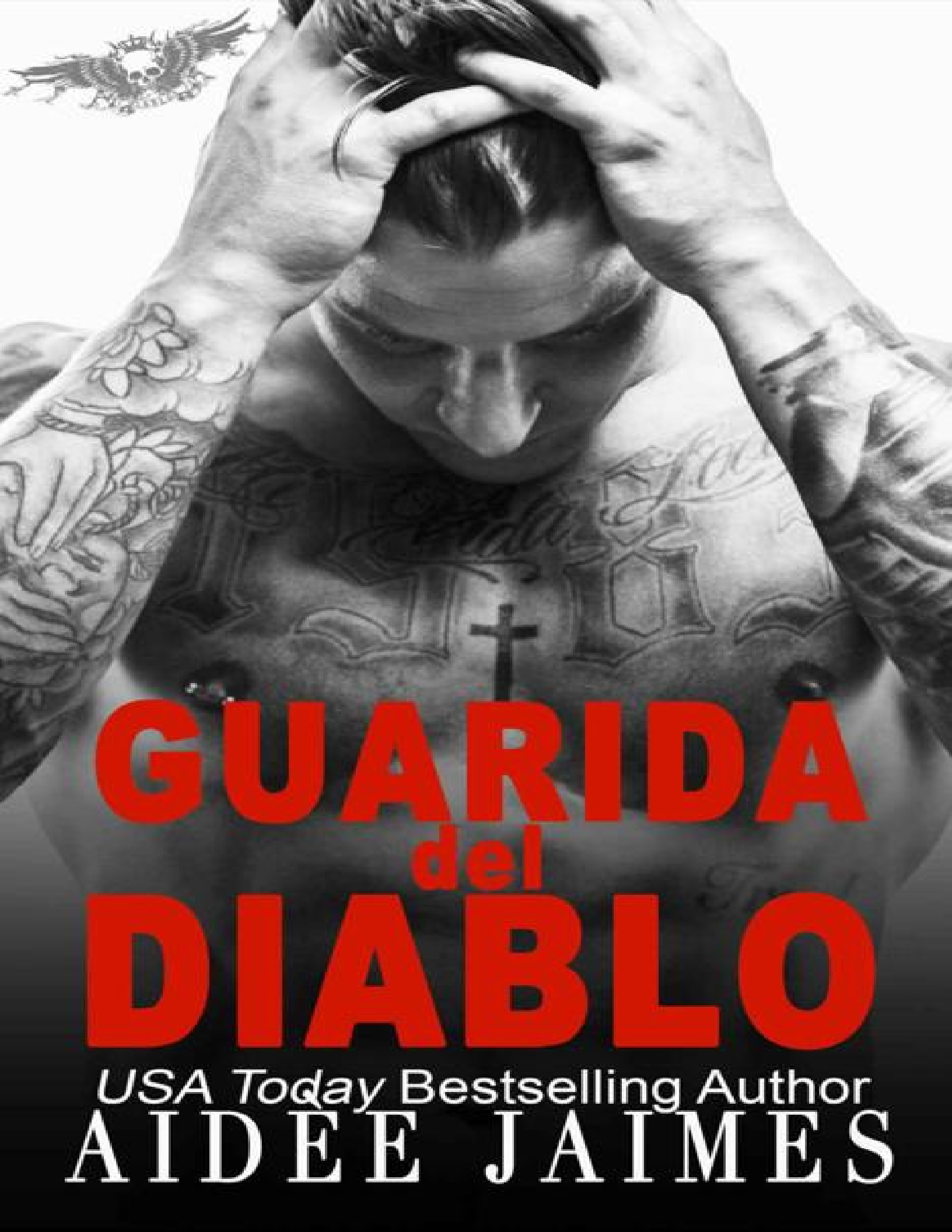


GUARIDA del DIABLO

USA Today Bestselling Author

AIDEE JAIMES

GUARIDA DEL DIABLO

UNA PRECUELA DE LOS DIABLOS DEL SUR

AIDÈE JAIMES

Guarida del Diablo
Una Precuela de Los Diablos del Sur
por Aidèe Jaimes
copyright@2022 por Aidèe Jaimes

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni copiada sin el permiso de la autora. Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas reales, o eventos, es pura coincidencia.

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14

Acerca de Aidèe Jaimes

PRÓLOGO

SARAH

DESIERTO MEXICANO...

Mi respiración se acelera mientras desesperadamente trato de inhalar preciado oxígeno. Son apenas más que jadeos cortos y forzados que imitan los violentos latidos de mi corazón, pero no importa cuánto lo intente, no es suficiente.

No es la capucha negra que me han puesto sobre la cabeza ni la tensión de la cuerda que ata dolorosamente mis manos detrás de mi espalda lo que lo hace tan difícil. Tampoco es la falta de aire fresco, ni el calor extremo provocado por el sol del desierto.

No. Es el tormento de puro y absoluto terror que se ha colocado al centro de mi pecho lo que hace que sea casi imposible respirar.

—¡Calla a esa puta perra! —grita el conductor del vehículo.

A mi lado, mi amiga Mónica llora más fuerte. Luego, escucho un golpe justo antes de que ella caiga contra mí.

Me muerdo el labio inferior y lucho contra mi propia necesidad de gritar. De sollozar como una niña y suplicar que nos dejen ir. Quisiera rogar por auxilio, aunque sé que no llegara.

La ven en la que vamos se detiene repentinamente y me tambaleo hacia adelante. Caigo de rodillas y me golpeo la cara contra el suelo al no poder mantener equilibrio.

Oigo que se abre una de las puertas dobles. Alguien me agarra del brazo con fuerza, y me levanta y arrastra bruscamente. Detrás de mí, el sonido de los demás siendo brutalmente maltratados me hace girar hacia ellos.

—¡Todos pa' fuera! —dice otra voz masculina.

A través de la oscura capucha que cubre mis ojos puedo distinguir las tenues sombras de la familia Ferrera mientras también son empujados salvajemente. Mónica, su padre Héctor y su madre María.

Dios. ¿Cómo acabamos aquí? No se suponía que fuera así. Se suponía que este sería el viaje de mi vida, no el viaje que *acabara* con mi vida.

María llora con más fuerza cuando Mónica gime de dolor al ser empujada una vez más.

—¡Déjenlas! —grita Héctor. —Es a mí a quien quieren.

Alguien se ríe, una risa realmente malvada que me dice que a esta gente no le importan ni suplicas ni llantos. —¡Caminen!

El arrastrar de pies se puede escuchar a mi alrededor, e imagino que hay al menos el doble de hombres que nosotros.

Uno de mis zapatos se tropieza en el terreno escabroso, pero logro mantenerme de pie. Instantáneamente, algo duro presiona contra mi columna. —Muévete —escucho detrás de mí.

Caminamos lo que parecen varios metros, hasta que estamos dentro de un edificio. Lo sé por el oscurecimiento de mi capucha y la temperatura más baja.

—Arrodíllate —dice alguien, y cuando no lo hago lo suficientemente rápido, me patea en la parte posterior de las rodillas y caigo al suelo.

—No me mates. Por favor, no me mates —solloza Mónica a mi lado, pero la ignoran.

—Necesito confirmación de sus identidades para la ejecución —dice un hombre de voz baja y profunda, mucho más ronca que el resto. Es una de esas voces que escuchas de los narradores, del tipo que se usa en audiolibros sexys destinados a hacer que una mujer imagine a un hombre alto y guapo. Es el tipo que hace mojar los calzones de las mujeres e infunde miedo en sus enemigos a la misma vez.

En mi caso, tiene este último efecto, haciéndome temblar aún más porque, antes de que la capucha cayera sobre mis ojos, lo vi. Y ese hombre era todas esas cosas: alto, guapo y, oh, tan aterrador.

—¿Héctor Ferrera?

—Confirmado —responde otro hombre.

—Espera —pide Héctor. —Todo esto es un error… —Sus palabras paran cuando un solo disparo atraviesa el aire, seguido de un sonido que sólo puede compararse con el de un saco de patatas al caer.

Tanto Mónica como su madre lloran histéricamente mientras yo sigo sin poder moverme. La adrenalina que corre por mis venas me insta a huir al mismo tiempo que congela mis extremidades. Mi respiración se acelera aún más y aspiro la capucha con cada inhalación.

—¿María Ferrera? —pregunta el hombre de voz gruesa.

—Confirmado.

—¡No! —Mónica llora cuando se dispara otro tiro, seguido de un golpe contra el suelo.

Se me escapa un sollozo ahogado mientras intento formular una manera de escapar, pero no hay ninguna. No en una habitación llena de criminales armados.

—¿Mónica Ferrera?

—Confirmado.

—No, por favor. Por fa... —Otro disparo y las súplicas de Mónica terminan.

Algo cálido brota sobre mi antebrazo izquierdo un momento antes de que Mónica se desplome contra mí. Gorgotea repugnantemente por lo que parece una eternidad, y luego muere.

<<*¡Monica!*>>

Se la llevan a rastras y oigo que la arrojan a varios metros de donde estoy.

Siento que alguien se para frente a mí y me doy cuenta de que es el hombre de la voz ronca cuando pregunta, —¿Identidad?

El otro hombre responde, —Su licencia de conducir dice que se llama Sarah Stevens. Pero no la veo en la lista.

—¿Es gringa?

—Sí.

—Viajaba con ellos. Eso es todo lo que necesitamos saber. Y las órdenes fueron claras. Que nadie quede con vida. —Cuando el hombre frente a mi parece dudar, el otro le dice —Alejandro, nuestras órdenes fueron claras.

De repente, el frio acero de un arma toca la piel de mi pecho que mi blusa blanca ha dejado expuesta y mi cuerpo se tensa mientras espero esa bala. Él hombre sube lentamente el arma hasta mi clavícula y engancha la medalla que llevo alrededor de mi cuello, jalándola, tomándose su tiempo con mi ejecución.

Cada segundo que pasa, tiemblo más fuerte. Visiones de mi vida pasan por mi mente, todo lo que quería hacer, pero nunca hice: dejar mi aburrido trabajo y vivir una aventura, recorrer el mundo, encontrar el amor verdadero.

Todo lo que me prometí que haría cuando regresara de lo que se suponía que sería algo memorable.

Se oye un clic cuando el cañón del arma se presiona más fuertemente contra mí.

Oh Dios. Oh Dios. ¡Oh Dios!

Mi último pensamiento antes de que el estallido ensordecedor atraviese el aire es una oración por el alma de la hija que llevo en el vientre y cuánto desearía haberla conocido.

CAPÍTULO
UNO

SARAH

VEINTE HORAS ANTES...

Los Ángeles, California

—Qué se me está olvidando? —Echo un vistazo a la maleta abierta sobre mi cama, revisando mentalmente todo lo que he empacado.

Mónica pone los ojos en blanco y arroja la revista que ha estado hojeando sobre la cómoda. —Llevas días empacando, mija. No es posible que se te haiga olvidado algo.

Me cruzo de brazos e inclino la cabeza. —¿Piensas que debo llevar otro par de jeans?

—¡Puaj! —Mi amiga levanta las manos en el aire. —No cabe nada más. —Se arrima a la cómoda en la que está apoyada y se para a mi lado. —Además, tenemos lavadoras, secadoras y almacenes. No vamos al medio de la nada.

La miro con disgusto. —Lo siento, Món. Esta es la primera vez que viajo a otro lugar además de Las Vegas. Y eso fue sólo por dos días. Ahora vamos a un país completamente diferente por un mes entero y sólo he tenido un par de semanas para planificar.

—Sí, pero vas a un país donde mis padres tienen una casa que visitamos dos veces al año. No es un lugar completamente extraño, Sarah. Hablas el idioma y tendrás a toda mi familia, sin mencionarme a mí. —Se sonríe cálidamente y se le forman hoyuelos en su bonita piel bronceada. Toma mi mano y la aprieta. —Sé que estás nerviosa, pero no tienes por qué estarlo. Te la vas a pasar de maravilla.

Dejando escapar un suspiro, me río entre dientes. —Tienes toda la razón. Es mi mamá. La oí toda la noche.

Como si las palabras por sí solas pudieran evocar el espíritu de mi madre, Mónica se estremece y mira alrededor de la habitación. Instantáneamente, levanta los dedos a su frente y comienza a santiguarse. —¿Hablas en serio?

—Claro que no la oí a ella. Solo lo que decía cada vez que le hablaba de visitar México.

—Oh, bueno —dice Mónica, aunque todavía mira alrededor como si esperara ver un fantasma. —Ya deberíamos irnos.

—Dame cinco minutos.

Mónica asiente y me deja. Aprovecho su ausencia para repasar mi lista de “cosas necesarias” por última vez sin que me acuse de loca.

Luego, porque sí estoy un poco loca, vuelvo a torturarme con las terribles advertencias que

me dio mi madre la última vez que intenté convencerla de que visitáramos a su hermana en Michoacán. Sus labios habían formado una línea apretada ante la sola mención de ir a México.

—¿Por qué México? ¿Por qué no Arizona? Podemos ver el Gran Cañón o tal vez hacer un viaje a Vermont —me sugirió en vez.

—¡Porque soy mitad mexicana y nunca he ido!

—Bien sabes por qué no vamos —resopló. —¿Tengo que recordarte cómo fue para mí? ¿Por qué nos escapamos en primer lugar?

—Eso fue hace mucho tiempo. Tía Patricia regreso.

—Con un riesgo enorme —dijo Mamá. —Sin mencionar que Pati me dice que el cartel se está apoderando del área una vez más.

—Necesita dejar de ver Facebook —le respondí.

—No es de ahí de donde lo sacó. Tiene amigos en Sinaloa y le cuentan cosas horrorosas.

—No tenemos que ir a Michoacán o Sinaloa. Podemos ir a Cancún o Acapulco. Están llenos de turistas.

—¡No! —exclamó con vehemencia, deslizando su mano por el aire firmemente. —No volveré, y tú tampoco. Fin de la discusión, Sarah.

Solté un suspiro exasperado, pero dejé el tema. Ya había tomado una decisión. Un día iría, con o sin ella.

La cosa es que nunca imaginé que iría sin mi madre porque ya no está aquí. Aunque a pesar de que murió, de alguna manera, de la noche a la mañana, sus preocupaciones se han convertido en una voz molesta en mi oído, susurrando, recordándome todas las cosas que podrían pasarme.

<<¿Qué harás si algo te sucede mientras estás fuera del país?>> pregunta la voz.

—¡Espero que me pase algo! —Lágrimas se derraman sobre mis mejillas y me doy un golpe en la pierna con la palma de la mano. —Si no es ahora, jamás me ocurrirá algo.

<<Solo se siente así, pero un hijo no significa el fin de tu vida.>>

—Eso no es lo que quise decir, aunque ambas sabemos que todo cambiará. Yo sólo… sólo quiero experimentar algo antes de que nazca el bebé. Quiero hacer algo antes de que no pueda —razono.

<<¿Qué harás si te enfermas? ¿O, si ay un problema con la bebé?>>

Mi mundo se detiene al imaginarme lo peor. Ese es mi mayor temor, que algo se desvié con mi embarazo.

—Tengo permiso del médico para viajar —me recuerdo. —Volveré antes de mi próximo chequeo.

<<¿Cómo puedes confiar en los padres de esa muchacha?>> pregunta mi voz. <<Apenas la conoces por...>>

—Cinco años —termino. —Mónica no es solamente una compañera de trabajo. Es una amiga. Ha estado ahí por mí en varias ocasiones.

Empiezo a temblar, nerviosa y asustada. No quiero sentirme así. Quiero estar emocionada de finalmente hacer algo más que mirar dentro de la boca de las personas todo el día, tratando de entablar una pequeña charla porque no pueden hablar cuando estoy trabajando en sus dientes. Quisiera tener algo emocionante de qué hablar con ellos, como —Oye, acabo de regresar de unas vacaciones increíbles en México.

Basta, Sarah. ¡Vive, maldita sea!

Me recuerdo a mí misma que la gente va y viene todos los días. Si bien los temores de mi madre se basaban en sus experiencias cuando era adolescente en una zona controlada por los narcotraficantes, yo la entiendo. Pero no fueron mis experiencias. Me niego a quedar

traumatizada por algo que no me pasó a mí.

Además, no estaremos cerca Sinaloa ni a Michoacán, ni de ningún lugar considerado peligroso. Los padres de Mónica van a México todo el tiempo. Saben evitar esas áreas. Su casa no está en una ciudad plagada de cárteles. Es un pueblo pequeño con una linda plaza donde todavía tienen carruajes siendo jalados por caballos. He visto fotos. Muchas.

Una sonrisa aparece en mis labios mientras una renovada sensación de excitación disipa cualquier presión persistente.

Este será el viaje que cambiará mi vida. Puedo sentirlo.

Para mi mala fortuna, un sueño pesado se apodera de mi casi tan pronto como empezamos el viaje. Todo el día lucho por mantenerme consiente, pero no importa cuánto lo intento, no puedo permanecer despierta lo suficiente para disfrutar del paisaje. Pero tal vez el paisaje es el problema. Por horas, nada ha cambiado. Hasta donde puedo ver, no hay nada más que un desierto marrón salpicado de cactus y arbustos.

Por suerte, Mónica vino preparada con almohadas. Nos tiramos en los asientos largos de la ven y roncamos durante horas.

Como estaba previsto, la madre de Mónica conduce hasta que oscurece y luego su padre se hace cargo. Cuando los primeros rayos de sol se asoman por el horizonte, ya estamos en México.

—¿Dónde estamos? —pregunto, estirándome y dejando salir un largo bostezo.

—México —responde el padre de Mónica.

—¡¿Qué?! ¡Me perdí la frontera! —me quejo.

—No es nada especial —me dice Mónica, y luego toca el hombro de su padre. —Pá, tengo que ir al baño.

Paramos en una gasolinera al margen de la carretera. Hay varios puestos, trampas para turistas más bien, bajo un dosel de techo de hojalata cuestionable, junto con un lugar que ofrece tacos para desayunar. Varios autobuses están dejando bajar a pasajeros que necesitan desesperadamente un descanso, y nos apresuramos a ir al baño antes de que la fila se alargue demasiado.

Después de darnos un baño en el lavabo, ordenamos algo para comer y lo devoramos cuando regresamos a la ven.

—No creerás que me dará diarrea, ¿verdad? —le pregunto a Mónica.

—Sí. Por eso volvemos a parar en treinta minutos. —Me guiña un ojo.

Una hora más tarde, tras un segundo descanso muy necesario, volvemos a la carretera. Presiono mi frente contra el vidrio de la ventana, luchando por mantener los ojos abiertos, viendo pasar otro letrero con el nombre de una ciudad con demasiadas *X* para yo poder pronunciarla cuando, de repente, una de ellas me llama la atención.

—Oiga. —Me siento y le toco el hombro a Héctor. —Ese letrero decía Sinaloa?

El padre de Mónica me voltea a ver. —Sí. Los tienen por todo México. Algo así como en Nueva York, tienen unos que indican la distancia a California.

Formo una *O* con los labios mientras lo considero, pero se me hace extraño. Por supuesto, confío en Héctor y, sin embargo, no puedo evitar buscar otras señales que confirmen lo que ha dicho.

Mónica empuja mi pie con el suyo. —Oye, ¿estás bien?

—Sí. —Arrugo la frente. —Yo sólo... —Sacudo la cabeza y me río. Es mi mamá. Toda su

charla sobre el cártel me está afectando. —Estoy bien.

—¡Mierda! —Héctor maldice al mirar nerviosamente por el espejo retrovisor.

—¿Qué? —María se sienta y estira el cuello para ver detrás de nosotros.

—Los federales.

—¿Estás seguro?

Mónica y yo nos giramos en nuestros asientos también y, efectivamente, detrás de nosotros a velocidades increíbles hay tres vehículos policiales azules y blancos con las luces parpadeantes.

—¿Pá? —pregunta Mónica.

—No te preocupes, mija. Estamos bien —Héctor asegura.

—¿Estamos seguros de que son federales? —María pregunta. —¿A qué distancia estamos de López? ¿Podrían ser sus hombres?

—Estamos demasiado lejos para que sean ellos —responde Héctor.

María agarra el reposabrazos con fuerza, sus uñas raspando el cuero con tanta fuerza que dejan marcas.

—Papá, ¿qué vas a hacer? ¿Vas a parar?

A través del espejo, la mirada de Héctor se dirige a mí y, en ese momento, tengo la sensación de que algo terrible esta por de suceder.

—López no enviaría a sus hombres tan lejos. Definitivamente, no son ellos.

—¿Quién es Lop—? —empiezo a preguntar, pero me detengo de repente cuando la ven se tambalea. Héctor acelera, y la velocidad repentina me presiona contra el asiento. —¿Que está pasando? —grito. —¿Por qué no se detiene?

Nadie me responde. En cambio, se dan órdenes entre los tres tan rápido que no se quien está diciendo qué. —Bajo el asiento. ¡Coge el arma! — —¡Agáchate, Mónica! — —¡Llama a López!

El auto se desvía y me avienta contra la ventanilla. Con manos temblorosas, jugueteo con el cinturón de seguridad que me había quitado para poder estirarme. Héctor intenta en vano de crear distancia entre este gran vehículo y los mucho más pequeños.

Se acercan fácilmente a nosotros y, antes de que pueda abrocharme el cinturón de seguridad, uno de los carros nos golpea de costado. Héctor pierde el control por una fracción de segundo, lo suficiente para que la parte trasera se salga de la carretera pavimentada. Extiendo los brazos y grito mientras intento encontrar algo de que agarrarme.

Héctor logra regresar al carril, pero no durmamos mucho tiempo ahí antes de que nos golpeen nuevamente, esta vez por detrás. Me aferro al asiento delantero, abrazándolo fuertemente, haciendo todo lo que puedo para asegurarme.

Mónica grita, y cuando me giro hacia ella, veo que se golpeó la cabeza contra la ventana, rasgándose la sien. Sangre corre por su rostro y cuanto más se la limpia, más agitada se vuelve.

Quiero ayudarla, pero estoy demasiado preocupada por lo que está pasando a nuestro alrededor. En cuestión de segundos, estamos completamente rodeados. Lo quiera o no, Héctor se ve obligado a detenerse.

Todos en la ven respiramos con dificultad, mirando frenéticamente por las ventanillas a varios hombres armados salir de los vehículos policiales.

—Esos no parecen policías —afirmo, notando su ropa cotidiana: jeans y camisetas.

—Eso es porque no lo son —me dice Héctor, con los nudillos de sus manos todavía blancos por la fuerza en que se agarra del volante.

—Entonces, ¿quiénes son? —le exijo.

—Dios mío, papá. ¡Has algo! —Mónica suplica.

—Lo siento, mija. No debería haberte traído —le dice su padre. Luego, mirando a su esposa,

él niega con la cabeza y ella baja el arma que sacó, pero no la suelta.

—¿Quiénes son? —vuelvo a preguntar, pero nadie me responde.

Los hombres se acercan a la camioneta, algunos con pistolas, otros con rifles, todos apuntándonos. —¡Manos arriba! —uno de ellos ordena. La familia Ferrera levanta los brazos y yo también. —¡Abran! —Golpea el cañón de su pistola contra la ventana de la puerta de Héctor.

Héctor la abre e inmediatamente lo arrastran hacia afuera por el cuello. Él cae al suelo mientras su esposa grita y sale del auto con su arma, pero la derriban instantáneamente.

Entonces la puerta trasera se abre y Mónica y yo somos sacadas bruscamente. Nuestras manos son dolorosamente aseguradas detrás de nuestras espaldas con cuerdas mientras nos arrastran a varios metros de distancia.

—¡Déjame ir! —demando e intento liberar mis brazos. La respuesta de mi captor es brutal y rápida cuando me golpea en un lado de la cabeza. El mundo gira y me dejo caer, pero antes de que mis rodillas toquen el suelo, me agarra del pelo y me levanta.

Me arden los ojos, pero reprimo la necesidad de llorar, ya sea por orgullo o porque parece inútil, no estoy segura.

—¡Busquen al niño! —escucho la voz increíblemente profunda que viene desde mi izquierda y me giro hacia ella. Los ojos más oscuros que jamás he visto se fijan en los míos y una terrible emoción me recorre. Entrecierra la mirada y me golpea como algo físico, quitándome el aire de los pulmones. Completamente sorprendida por mi reacción tan intensa hacia él, trato de dar un paso atrás, pero el hombre que me sostiene me para.

Varios de ellos revisan todo, tiran nuestras bolsas y las abren, aventando nuestras pertenencias al suelo. Luego se bajan y miran debajo de la ven. Todo el tiempo, ese hombre me mira fijamente como si esperara que intentara algo. Tal vez incluso me está desafiando a hacerlo.

Si pudiera, lo haría. Maldita sea, ¡quiero hacer algo! Desde el momento en que empezó toda esta mierda, mi cerebro ha buscado todas las rutas de escape posibles.

Podría darle una patada al tipo deteniéndome y salir corriendo. Pero la imagen de cientos de balas dándome en la espalda me detiene. Porque es imposible que no disparen. En la secundaria fui la corredora más rápida del equipo de atletismo, pero dudo que eso me ayudara mucho en esta situación.

Por más ridículo que se me haga rezar por un milagro, especialmente cuando a veces es difícil creer que Dios existe, lo ago. Le rezo a Diosito para que me envíe un ángel, si no por mí, por mi bebé. Entonces me siento estúpida, porque sé que la posibilidad de que una entidad invisible me salve ahora es tan cierta como que yo pueda salvarme a mí misma, y no puedo pensar en una sola puta manera de cómo hacerlo en este momento.

Mierda.

La ira ante esta sensación de impotencia llena mis venas y quiero gritarle al hombre de ojos oscuros —¿Qué carajo intentaría? —Pero me muerdo la lengua cuando sus dedos se deslizan sobre el cañón del arma que lleva en la pistolera.

—No hay nada, jefe —le dice uno de sus muchachos.

Finalmente, se aleja de mí y dirige su atención al padre de Mónica. —¿Dónde está el niño? Cuando Héctor simplemente niega con la cabeza, recibe un puñetazo en el estómago. —¿Dónde está el niño?

—¡No hay ningún niño! —Héctor contesta, tratando de recuperar su aliento.

El hombre se vuelve hacia María y ella intenta escaparse de su captor. —No. No, señor. No hay ningún niño. Estamos de vacaciones en familia.

—Ya deben haber hecho el intercambio —sugiere alguien.

El agresor de ojos negros ladea la cabeza. —¿Es así?

—No, no. ¡Se lo aseguro, no hay ningún niño! —María reitera.

—Pinches cabrones. Regrésenlos a la ven —ordena el hombre.

Me empujan hacia adelante y me arrojan al vehículo. Lo último que veo antes de quedar cegada por una capucha que me cubre la cara es la mirada profunda de ese asesino.

CAPÍTULO
DOS

SARAH

TIEMPO PRESENTE…

Se oye un clic cuando el cañón del arma se presiona más fuertemente contra mí.

<<Oh Dios. Oh Dios. ¡Oh Dios!>>

Mi último pensamiento antes de que el estallido ensordecedor atraviese el aire es una oración por el alma de la hija que llevo en el vientre y cuánto desearía haberla conocido.

Entonces, la habitación estalla en caos y me quedo allí jadeando de confusión al darme cuenta de que todavía estoy viva. Aunque puede que no lo esté por mucho tiempo.

Varios disparos más suenan dentro del espacio pequeño, resonando por las paredes. Los hombres se gritan órdenes unos a otros. Alguien recibe un golpe y aterriza fuertemente contra mí, derribándome. Un líquido tibio se filtra por mi blusa y asumo que ahora estoy tirada en un charco de sangre. Al instante, veo una ventaja, posiblemente la única manera de salir viva.

La puerta se abre de golpe y oigo entrar a más hombres, más disparos, luego lo que creo es un combate cuerpo a cuerpo. Gruñidos son seguidos por golpes, y agradezco que los hombres parecen demasiado ocupados con estos nuevos intrusos para darme atención.

Permanezco lo más quieta posible, incluso cuando alguien se tropieza y cae sobre mí, sacándome el aire de los pulmones.

No estoy segura de cuánto tiempo pasa, pero es un largo rato antes de que la lucha se calma, y sólo se pueden escuchar unos pocos pasos moviéndose de un lado a otro.

—¿Los agarraste a todos? —pregunta un hombre.

—Parece que sí. Uno intentó huir, pero Manny se lo hecho afuera.

—Malditos Diablos —sisea el primero. —¿Quién carajo les dijo que los Ferrera venían?

—Tenemos una rata en casa.

—¿Reconoces a alguno de estos pendejos? —Lo escucho patear a alguien cerca de mí. Cuando el hombre gime, se dispara un solo tiro y el llanto cesa.

—Ninguno, jefe.

—Toma a ese. Mándaselo a Cruz en pedazos. Dile que fue más barato enviarlo de esa manera.

—Sí, jefe.

—Puta madre. —El hombre se mueve de un lado a otro, deteniéndose de vez en cuando para patear un cuerpo, comprobando su muerte. —Nos arruinaron el trato. ¿Sabes con quién se va a desquitar López? ¡Conmigo, ¡puta sea!

—Tal vez podamos encontrar otro niño en el camino.

Se detiene justo a mi lado. Dejo de respirar por completo, rezando a Dios para que no mire

alguna parte de mi cuerpo que delate los latidos de mi corazón. Cuando golpea mi costado con la punta de su zapato, permanezco lo más inerte posible, esperando esa patada. Pero no llega. En cambio, dice —Toma fotografías para López. Enviaré un equipo de limpieza para quemar el lugar.

—¿Y los cuerpos de los Ferrera?

—No nos sirven de nada. Déjalos.

Uno de los maleantes salen mientras el otro se queda. Oigo el sonido de la cámara de un teléfono tomando fotografías de esta morbosa escena de la que yo formo parte. La piel se me pone de gallina con repugnancia, y batallo para mantener el contenido de mi estómago dentro.

Finalmente, se va. A lo lejos se enciende un vehículo y arranca. Pero aun así me quedo quieta. En parte porque tengo demasiado miedo para moverme, en parte porque quiero estar absolutamente segura de que no hay nadie cerca.

Cuando ya no puedo soportar más el suspenso, me siento.

Escucho atentamente pero no hay ningún ruido. Así que comienzo a luchar con la cuerda que ata mis brazos, jalando y jalando. Las manos me arden mientras las giro, liberándolas poco a poco.

De repente, suelto una de mis manos y lo primero que hago es quitarme la capucha de la cabeza. Tomo grandes bocanadas de aire y examino el área frenéticamente, tratando de distinguir la escena a mi alrededor.

Mis ojos sólo tardan unos momentos en adaptarse a la luz más brillante y, cuando lo logro, casi desearía que no lo hubiera hecho.

Estoy rodeada de muerte. Cuerpos sentados sin fuerzas contra la pared, tumbados sobre mostradores polvorientos o tirados en el suelo en ángulos extraños. Algunos con sus armas todavía en la mano, como si intentaron pelear y perdieron.

Justo a mi lado está la familia Ferrera. Les fueron quitadas las capuchas y echadas descuidadamente a un lado. Se me desgarra el corazón al ver la expresión relajada de Mónica, con los párpados parcialmente abiertos. Me acerco y se los cierro, luchando contra el sollozo ahogado que se me escapa al ver a mi amiga así.

—Ay, Mónica. —Aprieto su mano, sintiéndome llena de tristeza y desesperación. Odio dejarla aquí. Tendré que encontrar una manera de llevarla a casa.

Con cuidado, me levanto y permanezco allí por un momento, dejando que la sensación regrese a mis extremidades. Me tapo la nariz con en cuello de mi blusa en un intento de detener el hedor dulzón y enfermizo de la sangre, solo para descubrir que yo también estoy empapada de ese líquido rojo.

Para llegar a la puerta principal, tengo que pasar por encima de varios cuerpos y me estremezco cada vez que mi pie aterriza accidentalmente en una mano o en un charco de sangre pegajosa.

En la entrada hay una pequeña ventana cuadrada. Aparto la desgastada tela gris que se usa como cortina y miro hacia afuera. Algunos sedanes de la policía y la ven en la que conducíamos están aparcados junto a lo que parecen surtidores de gasolina antiguos. Pero no veo a ninguno de los hombres por ahí. Al menos, no desde mi punto de vista.

Pongo mi mano sobre la cerradura de la puerta y me trago el miedo que amenaza con asfixiarme. Miedo a que haya alguien a la vuelta de la esquina. Miedo a que después de todo esto, aun moriré.

<<Se fuerte, Sarah.>>

“Gringa.” Me volteo rápidamente, mi mirada recorriendo cada rostro en el suelo hasta que

veo lo veo. Y allí esta, observándome con demasiada intensidad para un hombre que yace herido, posiblemente muriendo.

Permanezco así, atrapada en su mirada, mi respiración superficial como la presa que acaba de detectar a un depredador en la distancia. Cuando mueve la mano e intenta sentarse, salgo corriendo.

En el instante en que piso afuera, un calor insufrible me golpea. Se me seca la boca aun cuando sudor logra acumularse por mi cuerpo, rodando por mi frente y espalda en espesos riachuelos.

Ignorando mi malestar, me obligo a correr hacia la ven. Abro la puerta y busco mi equipaje con la esperanza de encontrar mi teléfono. Entonces me doy cuenta de que probablemente cayó al suelo durante la primera parada que hicimos.

—¡Mierda! —Tengo que irme de aquí.

Busco las llaves, pero no las veo por ningún lado, así que corro de vehículo en vehículo. Ninguno tiene las llaves en el contacto.

—¡Mierda! —Golpeo la puerta del vehículo al que estoy al lado.

Un rápido vistazo al árido paisaje me dice que sería estúpido dirigirme en cualquier dirección. Hasta donde puedo ver, no hay nada más que cactus y arbustos bajos y descuidados.

Tengo que regresar al edificio. Un letrero viejo y descolorido que dice “Gasolinera López” apenas cuelga en ángulo sobre la puerta, lo que aumenta el carácter inquietante del lugar. Aprieto la boca, empujando mis manos contra el acero del auto. Plenamente consciente de que mi única opción será buscar llaves en los cuerpos de los hombres, me dirijo hacia allí.

Me vienen a la mente ojos casi negros y una voz profunda, y mi paso vacila. Él es quien mató a tiros a la familia Ferrera, al que llamaban Alejandro. Estoy segura. Esa voz es inconfundible.

Necesito un arma. Incluso si está herido, no puedo correr ningún riesgo. En uno de los coches, encuentro una cruceta de fierro sobre el asiento del pasajero, como si se usara con suficiente frecuencia como para tenerla a la mano. Cuando la agarro, mis dedos hacen contacto con algo pegajoso. Hago una mueca porque sólo puedo imaginar lo que es, pero no la dejo caer. En cambio, la aprieto con más fuerza y entro al edificio.

El interior de la estación parece mucho más oscuro ahora que he estado bajo la luz del sol, y mi visión tarda un momento en adaptarse. Los latidos de mi corazón se aceleran cuando noto que el hombre de ojos oscuros ya no está en el suelo donde lo dejé.

Levanto la cruceta como amenaza mientras doy un paso atrás, buscándolo desesperadamente.

—¿Has vuelto tan pronto, gringa?

—Qué... —Me giro al escuchar la voz profunda que reconozco al instante.

Es él. El hombre de la mirada penetrante que incluso ahora me atraviesa. Es dura, calculadora y tan intensa que me hace reaccionar como si me estuviera tocando físicamente.

Mis ojos lo captan de una vez, su tamaño, alto con hombros anchos que parecen poner a prueba los límites de su camiseta negra. Es un demonio guapo. Sexy como el infierno e igual de aterrador.

Contra mi voluntad, mis piernas tiemblan, al igual que mi mano cuando levanto la cruceta a la defensiva, y odio que mi cuerpo esté fuera de mi control. No quiero que vea mi miedo. —Aléjate de mí.

Doy otro paso atrás y miro hacia abajo brevemente para asegurarme de no tropezar con ningún cuerpo. Sus ojos brillan y las esquinas de sus labios se curvean a medida que se acerca, lo que me recuerda a un depredador.

—Lo digo en serio —advierto. —No te acerques.

—¿O qué harás? —prácticamente gruñe y noto un cierto brillo de emoción en su expresión. Quizás la emoción de la caza.

—Lucharé. —Lo haré. Antes no tenía ninguna posibilidad de ganar, no con todos los hombres y sus balas. Pero ahora... Puede que él sea más grande y más fuerte, pero es un solo hombre y está desarmado.

Su sonrisa se profundiza. —Eres una chica valiente. Lo supe desde el momento en que te vi. Pero esa cruceta no representa ninguna amenaza para mí.

—¿O sí? —Otro paso atrás. —Quieres probar esa teoría...

Antes de que tenga la oportunidad de terminar la frase, su mano grande se envuelve alrededor de mi garganta y, girándome, me jala contra su pecho duro. Le doy a su rodilla con la cruceta, pero no lo desconcierta. Más bien, me agarra la muñeca con su otra mano, apretándola hasta que siento que podría romperse, y me fuerza a soltar el fierro pesado. —¡Déjame ir!

—No.

Independientemente de su negativa, lucho contra él. Pongo mi pie sobre el suyo, haciéndolo gruñir. Pero en lugar de soltarme, clava sus dedos en mi piel hasta que grito.

—No pelees conmigo —dice con brusquedad cerca de mi oído. —No quiero lastimarte.

—¿Es por eso que me pusiste una pistola contra el pecho? —respondo, agarrando su antebrazo y rasgando su piel con mis uñas.

Eso finalmente logra que afloje su agarre. Aprovecho y me libero, pero solo me alejo un paso antes de que me tome por la blusa y me golpee contra la pared. Luego, en un instante, está sobre mí, su cuerpo enorme presionado contra el mío con fuerza, atrapándome las manos entre los dos.

Y, maldita sea, pero esta grande. Mucho más grande de lo que parecía cuando lo vi tirado en el suelo. Más de lo que imaginé que sería cuando lo escuché hablar por primera vez. Los músculos de sus hombros y brazos se hinchan debajo de su camiseta cuando coloca una mano a cada lado de mí. Su pecho se agita y siento el fuerte latido de su corazón bajo mis manos mientras su calor me rodea y abruma.

Levanto mi mirada hacia el con desafío, aunque es casi imposible mantenerla cuando la suya es tan intimidante.

—Quieta —me susurra. Sonríe con esos labios carnosos cuando finalmente obedezco. —Muy bien, gringa.

—No me das otra opción —digo entre dientes.

Sus ojos se apartan de los míos, bajan y permanecen allí por demasiado tiempo. —Siempre tenemos otra opción. Tu elegiste estar en esta posición.

Automáticamente miro hacia abajo y veo mis pechos hinchándose muy por encima del escote de mi blusa blanca. El hombre está presionado contra mí tan íntimamente que no es difícil percibir su reacción. El trueno de su corazón, la tensión de sus músculos. O la repentina rigidez contra mi vientre.

Para mi horror, un sofoco enciende mi piel y se extiende por mi cuello y mis mejillas.

Volteo la cara, completamente avergonzada de mi reacción hacia él. Le echó la culpa a las hormonas del embarazo y no en que encuentro a un asesino atractivo. Como si mi piel caliente lo quemara, me libera tan abruptamente que casi caigo hacia adelante.

—¿Qué estabas haciendo con los Ferrera? —me exige.

—Estábamos de vacaciones.

—¿Venia un niño con ustedes?

—¿Qué? —pregunto en confusión. —No. ¿Por qué sigues preguntando por un niño? Mejor aún, ¿por qué los mataste? Sé que fuiste tú quien apretó el gatillo. —Le señalo con el dedo

acusadoramente mientras escupo las palabras.

Se inclina sobre uno de los cuerpos y le quita el arma de la mano. Me reprendo porque no se me ocurrió hacer lo mismo cuando salí. Si lo hubiera hecho, tal vez no estaría a su merced en este momento. Por otra parte, nunca he empuñado un arma. Probablemente me habría disparado por accidente.

Mirándome, levanta una ceja espesa como si pudiera escuchar mis pensamientos. Retira la parte superior del arma y la mete en la cintura de sus jeans. Pasando a otro cuerpo, hace lo mismo.

—¿Cuánto tiempo conociste a los Ferrera? —Pasa por encima de Héctor y, sin pausar, les quita varios cuchillos a los muertos.

—Conozco a Mónica desde hace años. Trabajábamos juntas. Conocí a sus padres hace tiempo también. ¿Eres... eres del cartel? —Observo la forma en que se mueve, sin inmutarse, pareciendo completamente ajeno al hecho de que está cubierto de la sangre de sus camaradas. Como si esto es algo cotidiano y está demasiado acostumbrado para darse cuenta.

Resopla, pero no responde. Todavía sentado en cuclillas, mirando los restos de alguien a quien acaba de despojar de todas las armas útiles, me hace su propia pregunta. —¿Estás embarazada?

—¿Qué? —Se me atora el aliento en la garganta porque me ha sorprendido por completo. —¿Como supiste?

Levanta la vista hacia mí y dice algo que me provoca un escalofrío hasta los huesos. —Llevas en el vientre al niño que estamos buscando.

CAPÍTULO
TRES

ALEJANDRO

ME VE con ojos grandes y asustados, confundida por mis palabras.

—¿Qué quieres con mi bebé? —Da un paso vacilante hacia la puerta. Su mano derecha pasa sobre su vientre de manera protectora, como si pudiera hacer cualquier cosa para detenerme si realmente quisiera matarla.

—Ya te dije que no te voy a lastimar.

—¿Cómo supiste que estoy…

—Tu medalla. —Señalo el collar que descansa cerca de su corazón. —Es La Virgen de Guadalupe. La santa patrona de los no nacidos.

La coge y aprieta en su puño. —¿Esto es lo que me delató?

Me muevo para avistar por la ventana y luego me vuelvo hacia ella. La recorro con la mirada, capturando el brillo húmedo de sus pálidas mejillas y el tono rosado de su boca delicada. La forma en que sus pechos se hinchan tentadoramente sobre el escote de su blusa y la curva de sus caderas envueltas en jeans. Es exuberante y exquisita, y hay algo en la combinación de todos esos elementos que delata el hecho de que está embarazada. La medalla fue sólo una confirmación.

Sus labios se abren cuando mi ojos se desvían hacia ellos.

—¿Por qué me miras así? —pregunta.

—La familia con la que estuviste aquí son traficantes.

—¿Traficantes? —Se forma un ceño entre sus cejas.

—Hace dos semanas se realizó una compra en el mercado negro. Un niño. Iba a ser entregado hoy a un hombre muy poderoso. Manuel López. Me enviaron para interceptar la transacción. —Y despachar a los vendedores.

La muchacha permanece callada y le doy tiempo para procesar lo que he dicho. Cuando finalmente habla, hay un ligero temblor en su voz, pero lo controla rápidamente. —¿Iban a vender a mi bebé?

—No iban. *Si* lo vendieron.

—Eran traficantes —susurra y acaricia su vientre. —Confié en ella.

—Los Ferrera eran buenos para traficar. Nos llevó mucho tiempo descubrir sus identidades. —Veo por la ventana, buscando alguna señal de que alguien se quedó atrás para vigilar la estación.

—Pero... no puedo creer que haya caído en la trampa.

—Es difícil imaginar que una persona pueda hacer algo así. —Si alguien sabe eso, soy yo.

La escucho tragar y dejar escapar un suspiro largo. —Dios mío, creo que me voy a vomitar.

Se toca la frente y respira profundamente. Aprieto mis manos mientras lucho contra el impulso de ir hacia ella para ofrecer algo de consuelo. Pero el consuelo de un asesino no tiene

calidez y dudo que ella lo agradeciera.

Entonces, en lugar de eso, intento distraerla. —Tu madre... ¿es Mexicana?

—Si. —Se endereza y nivela su respiración. Su mandíbula se aprieta cuando vuelve a centrarse en mí, y parece fortalecerse contra la idea de que su amiga la traicionó de una de las peores maneras. Chica valiente. —Mi padre era Estadounidense —me dice.

—¿De donde es tu mama? —Me asomo por la ventana una vez más y luego miro mi reloj.

—Michoacán.

—¿No te advirtió sobre los peligros de venir a Sinaloa?

Resopla detrás de mí y me giro para encontrarla parada a mi lado, aparentemente sintiéndose mejor. —No sabía que vendría a Sinaloa.

—¿Entonces te subes a los autos sin saber hacia dónde se dirigen? —Soy incapaz de mantener fuera de mi tono la pizca de molestia por el hecho de que sea tan ingenua.

Entrecierra sus ojos azules con desafío, algo a lo que no estoy nada acostumbrado en mi mundo. Despierta en mi la necesidad primordial de conquistar, y tengo que clavarme las uñas en las palmas de las manos para evitar tomarla y mostrarle exactamente cómo lo haría al besarla hasta dejarla sin aliento.

Aun así, no puedo evitar dejar que mi mirada se detenga en su boca cuando habla, pero apenas puedo entender lo que está diciendo. Me doy cuenta de que ella me ha dejado a *mi* sin aliento, algo que es muy peligroso para mí.

—Pensé que íbamos a Durango.

Furioso conmigo mismo, la tomo de la mano. —Necesitamos irnos. Pronto enviarán un equipo de limpieza y querrán identificar los cuerpos.

Se aleja. —¿Mi amiga me traicionó y se supone que debo confiar en ti? ¡Ibas a matarme! —me gruñe.

—No lo hice —hablo entre dientes.

—Sólo porque fuimos atacados —responde.

Dando un paso hacia ella, le agarro la mano una vez más, y la sostengo con fuerza cuando intenta apartarla. —Si hubiera querido matarte, habrías muerto mucho antes de que aparecieran esos hombres. Sólo se necesita una fracción de segundo para apretar el gatillo.

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste? —Inclina su rostro hacia arriba, acercando su boca a centímetros de la mía. Su aliento recorre mis labios y uso toda mi fortaleza para evitar besarla. —¿Por qué no me mataste? —pregunta de nuevo.

No respondo, porque la verdad es que no estoy seguro. —Tendrás que correr el riesgo de que te proteja yo, Sarah. O quédate aquí sabiendo con certeza que te matarán. Pero no lo harán ni hoy, ni mañana. No será hasta que nazca tu bebé y puedan arrancarlo vivo de tu útero.

—¿Por qué me protegerías? Eres un criminal peligroso como ellos. —Señala a su amiga muerta.

—Es cierto. Soy peligroso. Y eso es lo único que va a mantenerte con vida. —Cuando todavía parece escéptica, agrego —Juro por mi propia vida que haré todo lo que esté en mi poder para mantenerte a salvo.

—¿Puedo creer la palabra de un asesino?

—Te lo dije, siempre tenemos una opción. —La libero. —Escoge la tuya ahora.

Su mirada va de mí a la puerta y luego regresa. Tiene miedo y debería tenerlo. Debería estar aterrorizada.

Sin embargo, un ligero temblor es lo único que delata su temor. Desde el principio, me sorprendió la forma en que se mantuvo fuerte cuando los demás se desmoronaban a su alrededor.

Incluso ante la muerte, mantuvo la barbilla en alto. Ni una sola vez suplicó, ni lloró.

Quizás eso fue lo que me hizo fijarme en ella.

No. No fue eso. Lo que me hizo fijarme en ella fue el azul cristalino de sus ojos y el dulce rosa de sus labios. Memoricé sus rasgos en el momento en que los vislumbré. Se grabaron en mi cerebro y se grabaron en mi alma.

El impacto catastrófico que tuvo sobre mí me dejó paralizado. Me cautivó más allá de cualquier cosa y no podía apartar la mirada de ella. Fue entonces cuando la sentí, esa hambre por lo que no había tenido en mucho tiempo. Me atravesó como un reguero de pólvora. Caliente y aterradora.

La quise para mí. Pero incluso si no hubiera jurado nunca tocar a otra mujer, mis órdenes fueron claras. Encuentra al niño, mata a todos los involucrados. Pero…

Tal vez si ella no me hubiera mirado fijamente, si no hubiera mostrado coraje, el resultado hubiera sido diferente. Tal vez si hubiera llorado y corrido, tal vez yo podría haber seguido esa orden. Estaba indefensa y lo sabía, pero se mantuvo firme.

Al igual que antes, ahora mantiene la barbilla en alto y endereza la columna. —Está bien, iré contigo.

—Buena elección.

—No estoy segura de eso —se queja mientras me sigue hasta el auto que conduje hasta aquí. Saco las llaves de mi bolsillo y le abro la puerta. Sarah se detiene frente a mí. —¿A dónde vamos?

—Chihuahua.

—¿No es peor?

—Peor o no, es donde yo… —Una explosión resuena en el aire, cortando mis palabras. Sin pensarlo, rodeo a Sarah con mis brazos y la arrastro hacia abajo detrás de la cubierta de la puerta del auto.

—¡¿Qué fue eso?! —grita.

Se dispara otro tiro que alcanza una de las ventanas y la rompe en mil pedazos.

—¡Metete! —La empujo adentro y cierro la puerta de golpe. —¡Quédate abajo!

Manteniéndome pegado al auto, rodeo hacia el lado del conductor lo más rápido que puedo. Mientras tanto, las balas vuelan sobre nosotros, penetrando el acero con fuerza.

En el instante en que entro, inserto la llave y enciendo el motor. Hay unos segundos de respiro cuando asumo que el tirador también está subiendo a un vehículo, pero no tomo tiempo para ver hacia atrás.

Piso el pedal del gas y las llantas giran sobre el suelo, deslizando una nube de polvo detrás de nosotros al acelerar.

Por el espejo retrovisor aparece un coche negro. Sarah levanta la cabeza y mira hacia atrás. —¡Ay Dios mío!

Una bala atraviesa la ventana trasera y luego crea un agujero doble en la parte delantera.

—¡Cabron! —Maldigo y tiro con fuerza hacia la derecha.

—¡Se están acercando! —Sarah grita.

—¿Cuántos hay?

Se asoma entre los asientos y luego vuelve a su posición agachada. —Solo uno.

Saco mi arma de la funda y se la entrego. —Dispárale.

Su rostro se contorsiona al agarrar la pistola como si fuera a explotar en cualquier segundo. —¿Cómo?

—Apunta y aprieta el gatillo. —Cuando todavía la mira fijamente como si fuera a morderla,

se la quitó, temeroso de que me dispare a mí en vez. —Tu conduce. Yo dispararé.

Rápidamente, agarra el volante. Asegurándome de mantener el pie izquierdo en el acelerador, giro todo lo que puedo en mi asiento hasta que tengo al vehículo a la vista. Apunto y disparo.

El conductor se desvía, pero logra mantener control. Desacelero, dejándolo acercársenos. Espero hasta verlo apuntar el cañón de su arma hacia nosotros, cuando su atención está dirigida en dos direcciones diferentes; conducir y apuntar, antes de disparar.

Le doy con un tiro directo entre los ojos. Su cabeza retrocede momentos antes de que el auto gire a la izquierda y desacelere, desapareciendo rápidamente de la vista a medida que nos alejamos.

Cuando me vuelvo, encuentro a Sarah agarrando el volante con nudillos blancos. La desprendo y coloco sus manos en su regazo. —Se acabó. Esta muerto.

Respira con dificultad y tiembla, pero como parece ser su manera, lo afronta con valentía. Inhalando profundamente, se hunde en su asiento. —Mierda —susurra y desliza la palma de su mano sobre su mejilla. Entonces surge una carcajada y me mira. —No puedo creer que no nos dieron.

Hago una mueca al sentir un dolor agudo en el costado. Su mirada cae al lugar que estoy sosteniendo ahora y se amplía cuando se da cuenta de lo que es. No salimos ilesos de esto. Me han disparado.

CAPÍTULO
CUATRO

SARAH

—¡ESTÁS herido! —Rápidamente empiezo a buscar algo que retenga el flujo de sangre que emana de su costado.

—No es nada —Alejandro me asegura, pero la tensión entre sus cejas me dice que es más que un simple rasguño.

En el asiento trasero encuentro una camiseta, pero cuando la alcanzo, me doy cuenta de que está cubierta de sangre y tengo el presentimiento de que no es de él. Arrugo la nariz y me giro a tiempo para ver su sonrisa.

—¿De tu última víctima? —le pregunto, colocando mi pulgar sobre mi hombro.

—Es mía.

—Déjame adivinar, ¿eso también fue solo un roce?

Cuando no responde, intento una vez más comprobar su herida, pero cambio de pensar cuando prácticamente me gruñe —¿Alguna vez has atendido a un perro herido?

—No.

—No empieces ahora. Es peligroso.

—Está bien —chasqueo y me cruzo de brazos. —¿Qué me importa si te desangras, al fin que no te conozco? —Miro hacia la ventana con un resoplido enojado. Si el asesino se quiere morir, es asunto de él. Solo que…

Se me hace difícil seguir pensando en él como un asesino cuando arriesgó su vida para salvarnos a mi bebé y a mí. Los asesinos desalmados no hacen eso, ¿verdad? Y un asesino sin corazón no tendría ojos que pudieran ver directamente hasta mi alma, ¿verdad?

Aunque estoy mirando hacia el paisaje, que se hace más oscuro a medida que cambia de un árido desierto a las calles más concurridas de los pueblos por los que pasamos, sólo estoy absoluta y completamente consciente de una cosa. De él.

Cada vez que se mueve en su asiento. Cuando pasa los dedos por la ligera barba de sus mejillas. La mirada ocasional que me lanza porque cree que no lo noto. Pero lo veo todo a través del reflejo en la ventana.

—Me gustaría que me llevaras al aeropuerto —le digo sin volverme hacia él.

—No es buena idea. Habrá hombres allí esperando a que intentes irte.

—Entonces vamos a la policía.

Se ríe. —Si quieres que te entreguen a López en bandeja de plata, esa es la forma más fácil de hacerlo.

—¿Quieres decir que trabajan para él?

—¿Para él? —Se encoge de hombros. —Quizás no directamente. Pero el cartel está en todas partes y lo controlan todo.

Lo volteo a ver con el ceño fruncido y le pregunto —¿Que no eres tu parte del cartel?

—Depende de lo que quieres decir con *parte*.

—No sé. —Me encojo de hombros, imitando su movimiento.

—López no es un narcotraficante. No produce, ni vende drogas. Lo que hace es canalizar grandes cantidades de dinero hacia los políticos que tienen su oído. Dicen que es carismático y muy rico. Que tiene una manera de convencerlos de que miren para otro lado cuando quiere hacer algo que a la mayoría nos parecería desagradable.

—Como el tráfico de humanos.

Alejandro asiente. —Hay muchos cárteles que tienen interés en ese negocio. Hacen una fortuna. López se lo hace más fácil y, al mismo tiempo, se mantiene limpio, porque nadie sabe realmente quién es.

Esa afirmación me sorprende. —No me acabas de decir que se llama Manuel López?

—Así es como él se llama a sí mismo.

Pienso en todo lo que me ha dicho. Si López parecía peligroso antes, ahora parece francamente aterrador. Un monstruo del que estas consciente que se acerca, pero no puedes verlo.

Entonces se me ocurre algo. —Tú también eres del cartel —susurro mientras se forma el pensamiento. —Haz... ¿Tú también... —Apenas puedo pronunciar las palabras. —Alguna vez has…

Vuelve su cara hacia mí y me inmoviliza contra el asiento con una mirada francamente asesina ante la mera sugerencia. —Le vendí mi alma al diablo para detener a gente como esa.

Abro los labios, pero no me sale ni una palabra porque no estoy segura como responder.

Sin embargo, antes de que tenga la oportunidad de decir algo, se acerca para encender la radio y retira el brazo rápidamente, con una mueca en el rostro.

Mis ojos recorren su costado, donde veo la humedad empapando su camiseta.

—Hay, ¡es demasiada sangre! —dejo escapar, instintivamente alcanzándolo.

—Ya te dije, es sólo un rasguño.

—Es mucha sangre para ser sólo un rasguño. Deberíamos llevarte a un hospital.

—Créeme, no es nada —dice con la mandíbula apretada.

—Alejandro…

—Te dije que estoy bien. Todavía estamos en territorio López. Detenernos en un hospital sería tan estúpido como pedir ayuda a la policía.

—No te entiendo. Eres parte del cartel, ¿no?

Levanta una ceja pero no responde a mi pregunta. No precisamente. —Los Diablos no tienen control sobre Sinaloa.

—Ya no estamos en Sinaloa.

—No, pero tampoco estamos en Chihuahua. Estamos solos y, sin duda, nos siguen. Hasta que lleguemos al territorio de los Diablos del Sur, no estaremos a salvo.

—¿Tanto me quieren?

Su mandíbula se aprieta con más fuerza y su ceño se profundiza. —No. —Se le escapa un gemido y respira profundamente. —A ti, no.

Coloco mis manos sobre mi abdomen, pensando en mi bebita. De los horrores que le habrían esperado en manos de esos maleantes. —¿Por qué pagarían tanto por un niño?

—Porque hay mucho más dinero que hacer a cambio.

Un presentimiento se apodera de mí y me froto los brazos con las palmas de las manos. —Dios. ¿Cómo me metí en esto?

—Buena pregunta. ¿Dónde está tu…? —Su voz se corta cuando se dobla, agarrándose el

costado. Su otra mano se cae del volante y nos desviamos hacia el carril del tráfico que viene en sentido contrario.

Por primera vez hoy, dejo escapar un grito que podría despertar a los muertos mientras mi visión se fija en los faros del camión de dieciocho ruedas que viene directamente hacia nosotros. Alejandro jala el volante con fuerza y nos salimos del camino momentos antes de que el gran camión nos choque.

—Estaciona el maldito auto —le ordeno. Pero no me escucha.

—Estaré bien —contesta.

—¡Detente! —vuelvo a exigir.

—No.

—No estás bien, Alejandro.

—Estaré bien.

—Que te pares, ¡cabron! —le grito y, en un instante, se sale de la calle, estacionándose. Todavía estoy tratando de recuperar el aliento, con la mano sobre el corazón. —¡Podrías habernos matado!

Sus rasgos se marcan por la preocupación, sus labios tensos. Sudor gotea sobre su frente y mira hacia la noche con un suspiro. —Encontraremos un hotel. Pero no podemos arriesgarnos a quedarnos mucho tiempo.

—¿Cuánto falta para llegar a dónde vives?

—Cinco horas.

¿Cinco horas? Mierda. —¿No tienes amigos por aquí?

—Asociados, sí. Amigos, no. No podemos confiar en nadie en este momento. —Nos hace volver a la calle, buscando un lugar donde quedarnos. Después de unos cinco minutos, pasa por un lugar de aspecto decente, bien iluminado y con muchos carros estacionados enfrente.

—Piensas que es un lugar seguro? —pregunto, señalando hacia atrás.

—Suficientemente seguro.

—Entonces, date la vuelta.

—Vamos a dejar el auto más adelante y caminamos de regreso. —Finalmente entra en el estacionamiento de una tienda cerrada y estaciona el carro detrás.

No tengo que preguntar por qué. Teme que alguien lo vea desde la carretera.

De la guantera saca una caja. —Quédate —me dice, y aunque arrugo la nariz irritada por cómo me ordena, hago lo que me dice cuando sale del auto.

Camina alrededor, escaneando el área. Luego, cuando parece satisfecho de que no hay nadie cerca, me deja salir. Lo sigo hasta la cajuela, de dónde saca una bolsa de lona negra.

—¿Qué tiene? —pregunto.

—Un cambio de ropa. —Del bolso saca una camisa blanca y me la entrega. —Póntela.

Hago lo que dice, cubriendo mi ropa ensangrentada. —¿Siempre traes un cambio allí?

Levanta una ceja. —El trabajo de sacar la basura es sucio.

Retrocedemos las cinco cuadras que se necesitan para llegar a Casa Robles, un edificio que me recuerda a cualquier posada genérica que encontrarías cerca de una parada de camiones. Dios, espero que esté limpio.

Justo afuera de la puerta, me entrega varios miles de pesos. —Regístrate bajo el nombre María Pérez.

—¿Me vas a enviar sola?

—Dudo que nos hospedaran si me ven en estas condiciones. —Mira la herida que sostiene con fuerza. —No tienes acento, así que asumirán que eres de una ciudad, pero no de la Ciudad de

México. Si te preguntan de dónde eres, diles que de Durango. Hay mucha gente de apariencia blanca allí.

—Está bien —digo vacilantemente y tomo el dinero.

—Intenta no verte tan sospecha. No quiero darles motivos para llamar a la policía.

—Entonces, ¿para que me dices que no me vea sospechosa? —Intento sonreír, pero mi cara está demasiado tensa para lograrlo. —Me pones más nerviosa.

—Respira. Simplemente pide una habitación.

Trago la bola de nervios que se ha acumulado en la base de mi garganta. —Está bien.

<<No te veas sospechosa. Di que eres de Durango, aunque nunca has ido allí. ¿Qué tan difícil puede ser? Has estado hablando español desde que subiste a la ven con los Ferrera. Eres de Durango. No te veas sospechosa.>>

Cuando entro, la joven levanta la vista de la telenovela que se reproduce en un viejo televisor con total molestia porque estoy interrumpiendo una escena aparentemente crucial. Se limpia los labios con una servilleta y deja a un lado los tamales que está comiendo.

—Bienvenida a Casa Robles. ¿En qué puedo ayudar? —me pregunta, pero sus ojos se desvían continuamente hacia el televisor.

—Necesito un cuarto, por favor.

—¿Mmm? —Su ceño se frunce y finalmente me mira. —¿Qué?

—Necesita una habitación —repito.

Se desplaza por la lista de habitaciones disponibles. —Tengo una de cama doble.

—Está bien.

Casi distraídamente, me entrega un formulario para que lo complete. Lo hago rápidamente, dando mi nombre falso e invento una dirección.

No se molesta en leerlo y mucho menos en verificar la información. Simplemente me da el total y la llave después de pagar, luego se deja caer en su asiento y continúa con su comida.

Cuando salgo, Alejandro está apoyado contra la pared de ladrillos, con un aspecto mucho más deteriorado. —¿Sospechó algo?

—No estoy segura de que se diera cuenta de que yo estaba allí —digo y le doy la llave.

La habitación 184 está en la parte trasera del edificio de un piso. No está tan bien iluminado como la parte de enfrente, algo que no me gusta nada.

Alejandro extiende su brazo para impedirme entrar cuando abre la puerta. Saca su arma de la funda de su cinturón y entra lentamente. Como sacado de una película, asegura la habitación, revisando debajo de la cama, en el armario y en el baño. Mientras tanto, estoy afuera en la oscuridad, cada vez más asustada por los sonidos de criaturas nocturnas al azar.

Cuando un insecto me zumba en el pelo, de un salto me meto al cuarto y cierro la puerta de golpe.

Alejandro sale con su arma lista, luego entrecierra los ojos cuando me ve. —No te dije que entraras.

—Técnicamente, tampoco me dijiste que no lo hiciera.

Vuelve a enfundar su arma y se sienta en la cama. Después de inspeccionar el teléfono, levanta el receptor y marca.

—¿A quien estas llamando? —pregunto. Me ignora, así que me siento a su lado con la esperanza de escuchar algo.

Una voz masculina responde después de unos cuantos tonos.

—Santos —dice Alejandro y se aleja un poco de mí. —Fuimos emboscados.

La voz al otro lado de la línea dice algo que no puedo entender y me inclino más cerca.

—Sabían dónde estaríamos y cuántos de nosotros éramos —responde Alejandro. —No quedó nadie con vida.

—¡Pinches cabrones! —el hombre llamado Santos maldice lo suficientemente fuerte como para escucharlo esta vez, luego murmura más palabras.

—No estoy seguro. No los reconocí, pero López está detrás —dice Alejandro. —Hay una rata. —Vuelve a escuchar y luego dice —Casa Robles en Torreón. —Se inclina ligeramente hacia un lado y noto una gota de sudor cayendo sobre su frente.

Acercándome a él, le susurro —Necesitamos atender esa herida.

Pero me hace callar llevándose un dedo a los labios. —No —le dice al hombre que habla por teléfono. —Tengo una mujer conmigo. Lleva en el vientre al niño que compró López.

Su mirada oscura permanece atada a la mía mientras escucha, y odio saber que le están dando órdenes sobre mí.

—Sí, patrón —dice y cuelga.

—¿Quién es Santos? —le pregunto.

—Santos Cruz. Mi jefe.

—Capte eso. ¿Quién es él?

Se pone de pie y, mientras camina hacia el baño, dice por encima del hombro, —Es el mismísimo diablo y vendrá a llevarnos a su casa en la mañana.

CAPÍTULO
CINCO

SARAH

EL DIABLO VENDRÁ por nosotros en la mañana. Me debería sonar aterrador. Pero en lugar de miedo, me da consuelo. Porque cuando tienes la muerte pisándote los talones, la guarida del diablo es el mejor lugar para esconderte.

La muerte. La siento encima de mí. Literalmente. La puedo oler, aun después de haberme quitado la camisa ensangrentada. El humor está incrustado en mi piel y, de repente, no puedo soportar lo sucia que me siento.

—¿Te importa si me baño? —le pregunto a Alejandro.

Asiente con la cabeza antes de dirigirse al lavabo para ducharse el mismo.

Reviso su bolsa por algo que podría quedarme bien. Encuentro una camiseta blanca para hombre. También hay un par de calzoncillos tipo bóxer. Le hecho una mirada a Alejandro al agarrarlos para ver si le importa que me los ponga. Espero que pasen por chores cuando se combinen con la camisa larga.

En el baño, me despojo rápidamente de mi ropa. Moviendo la cortina azul descolorida, me meto en la ducha caliente y lavo los restos de sangre de mi cuerpo. De principio, el agua sale roja. Pero cuanto más tiempo estoy aquí, menos sangre se ve, hasta que finalmente queda clara. Por fin me empiezo a relajar.

Salgo de la tina y me seco, luego me pongo el sostén y la ropa de Alejandro. Los calzoncillos me quedan un poco largos y anchos alrededor de mi cintura, pero una vez que me bajo la camiseta, permanecen en su lugar. A menos que lo señale, cualquiera que me vea probablemente asumirá que llevo pantalones cortos para correr. De cualquier manera, es mejor que la ropa manchada de sangre.

Aunque huelen a recién lavados, Alejandro ha usado esta ropa. De alguna manera, ese conocimiento me embriaga cuando paso las manos por el suave material.

Escucho un gemido a través de la puerta y salgo del baño para encontrar a Alejandro doblado sobre el lavabo. Agua gotea desde su ondulado cabello negro hasta sus hombros desnudos y se desliza en riachuelos por su espalda tatuada.

A través del espejo aprecio los músculos de su pecho bien cincelados, también tatuados, con una gran cruz sobre su corazón como pieza central. Entonces mi atención se dirige a un anillo en su pezón que brilla cuando se mueve.

Se ha puesto un nuevo par de jeans azules que cuelgan desabrochados, apenas aferrándose a su trasero, y maldita sea, se ve increíblemente sexy.

Lo observo colocar la caja que sacó de la guantera sobre el mostrador mal iluminado del baño. Saca alcohol y una gasa y limpia su herida sin demasiado cuidado.

Alejandro forma parte de la guarida del diablo. Es un demonio fascinantemente y hermoso que fue enviado para destruir a los monstruos que se habrían llevado a mi bebé. Quien sabe que

nos hubieran hecho una vez que naciera.

Mi pecho se aprieta y lucho con una oleada de emociones cuando trato de reconciliar lo que se supone que es Alejandro, con lo que ha hecho. Lo que debería sentir cuando él está a mi alrededor, con lo que realmente agita en lo más profundo de mi vientre.

Me siento tan increíblemente atraída hacia él, sin importar el peligro, que antes de darme cuenta, estoy parada frente a él. ¿Estoy loca? Me confunde y me encuentro desesperada por saber qué tiene él que llama a cada célula de mi cuerpo.

—¿Por qué haces esto? —exijo casi enojada, porque necesito una justificación para esta intensa atracción por un criminal.

—¿Qué?

—Salvar a los niños. ¿No eres tú uno de los malos?

—¿Quién dice que no lo soy? —responde con indiferencia, tomando toda la botella de alcohol e inclinándola con la intención de enjuagarse el costado.

—¡Dame eso! —Se lo arrebato. —Te vas a dejar una cicatriz.

—Ya tengo cicatrices.

Apartando su mano de un golpe, le quito el vendaje también. Agarro la silla del escritorio cercano y ordeno —Siéntate —señalándola. Inmediatamente obedece, aunque no creo que era su intención, porque maldice.

Con una sonrisa de satisfacción, me lavo bien las manos. Cuando me vuelvo hacia él, me sorprende la cantidad de cicatrices en su pecho y espalda, las que no había notado antes porque sus tatuajes hacen un buen trabajo en ocultarlas. Pero ahora que las he visto, eso es todo lo que veo.

Alejandro me observa mientras mi mirada va de una cicatriz a otra, mi mente evocando imágenes de las batallas en las que debe haber estado para conseguirlas. Si bien la mayoría son pequeñas, también hay algunas grandes con bordes dentados.

Incapaz de evitarlo, trazo la más larga de ellas, una línea en forma de media luna que se extiende desde su pecho, sobre sus costillas y hasta su costado, casi tocando su nueva lesión.

—Intentaron arrancarme el corazón —afirma, y mis ojos se dirigen hacia los suyos. Me está estudiando de esa forma tan intensa que se penetra profundamente en mi alma.

—¿Quién te hizo eso?

—Mi hermano.

Mi mano se detiene cuando registro lo que ha dicho. —¿Tu hermano te hizo esto? ¿Por qué?

—La misma razón por la que la mayoría de la gente hace lo que hace. El dinero.

—¿Y tú qué le hiciste a él? —le pregunto, porque algo me dice que, si vas tras un hombre como Alejandro, será mejor que te asegures de que esté muerto.

—Afortunadamente para él, uno de sus propios hombres lo arrojó por un acantilado antes de que yo pudiera vengarme.

Afortunadamente, ¿lo arrojaron por un acantilado? ¿Qué le habría hecho Alejandro a su hermano si hubiera llegado a él primero? Algo mucho peor que lo que le hizo a él.

Trago la bilis que me sube por la garganta al pensar que un miembro de su propia familia estuvo dispuesto a lastimarlo así. Tiene razón. Ha pasado por cosas mucho peores y sobrevivió.

Inspecciono su herida nueva. Comparada con las demás parece tan insignificante. —Parece una herida superficial —observo.

Me continúa mirando mientras limpio la herida, haciendo una mueca sólo de vez en cuando la toco con la solución desinfectante. Dios, nunca un hombre me había mirado como él lo hace. Aunque estoy intentando concentrarme en mi trabajo, puedo sentir su vista como una caricia en

mi cara, mi garganta, mis...

Un sonrojo se apodera de mi pecho porque sé que sus ojos están ahí, hambrientos. Como si ya pudiera saborearme.

—¿Dónde está tu marido? —me pregunta.

Coloco el vendaje sobre la cortada. —No estoy casada.

—¿Y el padre del bebé?

El tan solo acordarme de Henry me irrita y dejo caer mi mano a mi costado. —Él tampoco está en la foto.

—¿Murió?

—No. Simplemente no quería estar cerca. Él... Él quería que yo abortara. Dijo que hizo su parte usando condón. No fue su culpa que se rompiera. —Sintiendo la repentina necesidad de mantenerme ocupada, empiezo a limpiar la gasa ensangrentada.

—Él sigue siendo responsable.

—Estoy de acuerdo. Pero cuando lo amenacé con llevarlo a la corte, dijo que, si lo obligaba a ser parte de la vida del bebé, la haría miserable.

—Suena como un tonto —escupe Alejandro con más odio en su tono de lo que esperaba.

—Exactamente. Me di cuenta de que él nunca podría ser parte de su vida de ninguna manera. Así que me aseguré de que no tuviera ningún derecho legal sobre ella. Preferiría que no tuviera padre a tener a un pedazo de mierda como él. —Vuelvo mi atención a su lesión, inspeccionando mi trabajo, tocando suavemente las áreas circundantes.

Alejandro permanece en silencio, pero siento su mirada tan intensamente sobre mí que me veo obligada a mirar hacia arriba. Mis dedos se detienen sobre sus costillas mientras una vez más estoy cautivada por esos iris de color marrón oscuro. Recorren mis rasgos como si estuviera buscando algo y no puedo detenerlo porque no estoy segura de qué es.

—¿Por qué me miras así?—susurro.

Sus ojos se fijan en mis labios y mi vientre se tensa cuando pregunta en voz baja— ¿Cómo te estoy mirando?

—Como si quisieras algo de mí.

Él no responde a eso. En cambio, pregunta— ¿Lo amabas? —Desliza sus dedos por mi cabello mojado, luego los deja pasar por mi oreja, hasta mi mandíbula y por mi garganta antes de volver a subir.

No me alejo. No me muevo en absoluto.

Dejo que este extraño peligroso me toque, explorando la sensación de mi piel, estudiando la forma en que me sonrojo dondequiera que vaya.

—¿Lo amabas? —repite, y me doy cuenta de que ha pasado mucho tiempo desde que preguntó por primera vez.

Apenas puedo respirar y mucho menos hablar. Pero lo intento de todos modos. —Yo… me atraía, pero no lo amaba… —Es difícil recordar de quién estamos hablando cuando Alejandro se está apoderando de mis facultades.

—¿Estás atraída a mí?

—Sí. —La respuesta se me escapa antes de que pueda detenerla. Porque es la verdad. —Pero no debería estarlo.

Se levanta, elevándose sobre mí. Me encuentro temblando mientras una excitación nerviosa fluye por mi cuerpo, y doy un paso atrás, luego otro. Implacablemente, se mueve conmigo, su frente presionada a la mía, hasta que le doy al mostrador detrás de mí y no puedo avanzar más. Mis manos se acercan a su pecho musculoso y su calor arde en mis manos.

Inclinando la cabeza, arrima sus labios a mi oreja, haciéndome estremecer. —¿Por qué no deberías sentirte atraída a mí?

Trago saliva cuando me abraza y ciento su pene duro contra mi. —Intentaste matarme.

—No lo intenté, Sarah. Cuando quiero matar a alguien, lo hago. —Besa el lóbulo de mi oreja al alejarse. Pero no se aleja mucho. Su aliento calienta mi mejilla cuando coloca otro beso allí, luego se mueve para que su boca esté a sólo unos centímetros de la mía.

Incapaz de evitarlo, lamo mis labios y sus ojos siguen el movimiento de mi lengua. —¿Qué te detuvo?

Él niega con la cabeza. —Tu boca.

—¿Mi boca? —Me quedo sin aliento cuando se acerca más.

—Quería probarla. —Pasa ambas manos por mis brazos, creando una ola de sensación sobre mi piel. Sus dedos enganchan la camiseta y la sube hasta que me la quita. Luego, coge los tirantes de mi sostén y los jala. Lentamente, los baja hasta que la tela se arrastra sobre mis pechos. —También quería probar estos. —Cuando gime al mirarme, mis pezones se endurecen, y no estoy segura si es por el frío o por la emoción de estar tan expuesta a él.

Se toma su tiempo para mover las ásperas yemas de sus dedos sobre la parte inferior de mis senos. Los latidos de mi corazón se agitan cuando se acerca a los puntos de color rosa, pero para mí frustración, no los toca. En vez, me enloquece, rodeándolos hasta que la necesidad dentro de mi llega al punto de desesperación.

—Tócame —le susurro.

Al instante, sus manos caen hasta mis caderas y planta mi trasero en el mostrador. Se empuja contra mí, forzando mis piernas a separarse, y gimo ante el contacto de su verga en mi coño.

Su brazo serpentea alrededor de mí, empujando mi pecho hacia arriba al mismo tiempo que deja caer su boca sobre mi pezón izquierdo y se prende. Grito su nombre de nuevo y sostengo su cabeza contra mi pecho, luego lo guío hacia el otro.

Desesperadamente, chupa antes de mover sus labios hacia mi clavícula y garganta. Me muerde allí y siseo por el escozor de sus dientes, pero es ese dolor el que hace que mi pelvis se levante cuando mis piernas lo envuelven con más fuerza.

Inspiro bruscamente justo cuando su boca choca contra la mía y Alejandro se convierte en mi oxígeno. Llena mis pulmones con su aliento y mi alma con un beso que bien podría ser del Diablo, pero no me importa. Porque este es el tipo de beso por el que alguien se condenaría al infierno.

Una de sus manos recorre mi espalda y me agarra del pelo, manteniéndome en lugar mientras hunde su lengua más profundamente en mi boca. Me abro para él, dejándolo tomar de mí lo que quiera. Consciente de que en este momento le daría todo si él me lo pidiera.

Se presiona entre mis piernas y gimo de nuevo cuando el eje duro de sus pantalones crea fricción contra mi clítoris. Dejo escapar un pequeño gemido de decepción cuando suelta mis labios y se aleja.

Sus pupilas se delatan en la poca luz y el marrón de sus iris casi desaparece, haciéndolo parecer aún más peligroso. Me mira y sonríe. —Estás usando mis calzoncillos boxer.

—¿Está bien?

—Más que bien, porque ahora puedo hacer esto. —Se lame la yema del pulgar, lo coloca entre mis piernas y lo desliza a través de la bragueta. Desde la posición en la que estoy, mi raja está bien abierta y lo primero que toca es la punta de mi clítoris. Luego lo arrastra hasta mi entrada y regresa. Su sonrisa se amplía cuando su mirada vuelve a la mía. —Estás tan mojada.

—Yo... —empiezo, pero pierdo el hilo de mis pensamientos cuando toca mi clítoris de

nuevo, oh tan ligeramente, una mera vibración que envía rayos de electricidad a través de mí. Se me escapa un sollozo involuntario y me extiendo más.

Mueve su dedo hacia abajo una vez más, esta vez sumergiéndolo en mi humedad. Luego se lo lleva a la boca y lo lame. —Pareces un ángel, Sarah, pero sabes a puro pecado.

—Oh —respondo y, para mi propia sorpresa, le pido exactamente lo que quiero de él. —— cógeme, Alejandro.

No le tengo que decir dos veces. Sus fuertes brazos me levantan fácilmente y me sostienen, no es que sea necesario, porque estoy fuertemente abrazada de él. Esta vez, no espero a que me bese. Tomo lo que quiero de él, devorándolo. Respirando su aroma limpio y masculino, memorizando como se siente.

Su espalda se flexiona bajo mis manos, y me deleito con la fuerza que sé que tiene.

Me arroja sobre el colchón y él me mira con inconfundible hambre mientras frota su mano por el largo rígido dentro de sus jeans. Mis ojos recorren su torso. Aunque tenga cicatrices, es una obra de arte, cubierta por un fino mechón de cabello oscuro que se estrecha formando una *V,* como para atraer la atención hacia abajo. Su abdomen es plano, salvo por las colinas y valles creados por sus músculos.

Alejandro se quita sus pantalones y los deja caer. No lleva ropa interior. Tal vez tomé su único par de calzoncillos limpios. Quizás a veces le guste andar libre. La razón no importa.

Lo que importa es la forma en que mi boca se seca instantáneamente al verlo deslizar la palma de su mano sobre su impresionantemente bulto Que se le puede ver atraves del pantalon..

Un ligero escalofrío me recorre cuando considero dónde va a poner tamaña cosa. En mi coño. En mi boca. Tal vez incluso mi... Oh Dios.

Colocando una rodilla en la cama, se inclina hacia adelante y me agarra el trasero. Con un movimiento suave, me arranca los calzoncillos y los arroja fuera de vista. Golpean contra algo, tirándolo al suelo, pero no me molesto en ver que fue. Porque estoy demasiado cautivada por el deseo loco en sus ojos.

Sus hombros se deslizan bajo mis piernas y acerca su rostro a mi pucha. Y, oh Dios mío, su aliento recorre mi pucha mientras levanta mi trasero ligeramente, obligándome a abrirme aún más. Luego pasa la parte plana de su lengua desde mi ano, sumergiéndola en mi pucha ya mojada y sobre mi clítoris. Me doblo y exclamo, pero él me sujeta con las manos en mis caderas.

Alejandro rodea su lengua, la mueve, chupa, luego repite el ciclo, deteniéndose sólo ocasionalmente para mordisquear mis labios mayores.

Miro hacia abajo y veo que incluso ahora, mientras se da un festín conmigo, mantiene su mirada depredadora en mi cara. Como si todavía estuviera cazando. Esto es sólo un aperitivo y, eventualmente, me devorará entera. Dios, ver a esta bestia bebiendo de mí es como un afrodisíaco. Me embriaga y me hace arder aún más.

Sin previo aviso, mi cuerpo se tensa y grito cuando mi orgasmo me golpea a toda velocidad. Presiono mis piernas firmemente contra su cabeza y monto su boca, balanceando mis caderas, necesitando más de esa deliciosa fricción.

Una sonrisa traviesa se dibuja en mi rostro mientras las últimas olas menguan y libero la cabeza de Alejandro de mi agarre mortal. Pero no parece demasiado afectado.

Lamiéndose los labios, dice —Eres tan dulce. Ahora mi verga también quiere un turno. — Sube por mi cuerpo, besa mi abdomen y luego mi pecho a medida que avanza. Se toma su tiempo para adorar mis pechos, chupando mis pezones hasta que se convierten en picos duros e hinchados.

Su pene pulsa contra mi clítoris aún sensible. Esta caliente y grueso, y no me importa que sea

demasiado grande. La idea de eso dentro de mí, de Alejandro dentro de mí, reaviva el fuego en mi vientre y me retuerzo debajo de él.

Lo abrazo y acerco su boca a la mía para darle un beso desesperado. Todos estos años he estado hambrienta de esto mismo, de esta pasión imprudente, y no lo sabía. Pero ahora que lo tengo en mis brazos, lo quiero todo. Y lo quiero ahora.

Él también debe sentirlo, porque en el momento en que nuestros labios hacen contacto y envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, él me penetra hasta el fondo. Grito por la sensación de ser abruptamente estirada hasta el límite. Mis uñas se clavan en la piel de su espalda y él permanece quieto, permitiéndome adaptarme.

Luego se retira una vez y embiste, deteniéndose un momento antes de volver a hacerlo.

—Mierda, estás tan apretadita —murmura en mi oído, y sus brazos tiemblan cuando intenta mantenerse firme. —Tu puchita me queda como un guante —dice, aumentando el ritmo de sus embestidas.

Se levanta y presiona mis rodillas para aplastar mis piernas contra el colchón, cambiando el ángulo en el que me penetra. Araño las sabanas cuando empuja más profundamente que antes. Sus caderas golpean contra mí, una y otra vez, la punta de su pene rozando esa parte en el interior que se siente como mi vejiga, y me arranca una especie de placer exquisito que me lleva al límite hacia otro clímax. Este, mucho más fuerte que el anterior.

Antes de que pueda recuperar alguna noción de quién soy, me pone a cuatro patas. Sus grandes manos rodean mi cintura, obligando a mi trasero a levantarse en el aire. En un instante, está dentro de mí otra vez, hundiéndose fuerte y rápido. Jadeo cuando comienza a impeler, apenas capaz de respirar. Porque si antes pensaba que era profundo, este nuevo ángulo lo tiene tan dentro de mí que siento como si pudiera dividirme en dos. Como si yo fuera un pedazo de madera, y Alejandro un gran leñador quien fácilmente me desgarra con su hacha.

Lágrimas llenan mis ojos y ruedan por mis mejillas mientras grito de placer extremo. Y ya no me importa si me parte en dos. No quiero que termine.

Alcanzando hacia tras, agarro su pierna, instándolo a darme más. El coge la parte de atrás de mi cuello, sosteniéndome en posición para darme lo que quiero, martillándome hasta que no soy más que un animal sin sentido.

Luego él también encuentra su liberación, empujando por última vez, llenándome con su semen.

Lentamente, suelta mi cuello, pero yo me quedo así, tomando grandes tragos del precioso oxígeno. Se retira y su semen gotea por mi pierna. Va al fregadero a buscar una toalla y la trae para limpiarme suavemente. Y, aun así, no me muevo.

Cuando termina, se sienta a mi lado y permanece en silencio por un momento antes de preguntar en un tono lleno de preocupación, —¿Te lastimé?

—¿Qué? —Me dejo caer a mi lado y lo miro, aunque estoy tan exhausta que apenas puedo mantener los párpados abiertos.

—¿Te lastimé a ti o al bebé? —Sus cejas casi se juntan, demostrándome que en verdad tiene temor de haberme hecho daño.

Al darme cuenta de lo que debe pensar, me río. —No. No puedes lastimar al bebé de esa manera.

—¿Y a ti?

—Sí, Alejandro. Hiciste que me dolieran las entrañas como nunca antes me habían dolido. Fuiste como un leñador y disfruté cada minuto. —Me río de nuevo.

—¿Leñador?

—Mmm —digo porque no puedo pronunciar otra palabra. Pero lo creo. De ahora en adelante, en mi opinión, él será mi gran y leñador.

CAPÍTULO
SEIS

ALEJANDRO

—AMOR...

El débil susurro, mero eco de un recuerdo, rompe el silencio en la habitación y me despierta. O tal vez la voz débil fue nada más que un sueño que atravesó el oscuro abismo del que soy víctima cada noche.

—Amor... —lo escucho de nuevo, y me despierto completamente, esperando ver unos ojos de color miel mirándome. Pero en cambio, me encuentro envuelto en una mirada azul.

Me toma un momento entender dónde estoy y con quién estoy. Todo lo que ha sucedido vuelve del pasado donde dejé esos ojos melosos al presente. A Sarah.

Ella me observa con cautela, como si estuviera tratando de determinar si sigo siendo una amenaza o no. Porque ella no tiene idea de que cuando se trata de ella, jamás apretaría el gatillo. Disparando sobre ella nunca fue opción para mí, no después de ver el cielo en sus ojos y el rosa de sus labios. Especialmente cuando vi señales de que llevaba una vida inocente en su útero.

Levanto mi mano hacia ella y toco su mejilla. —¿Todavía me tienes miedo?

—No estoy segura —responde con honestidad, temblando ligeramente, pero no se aleja. Mi niña valiente.

—Soy sicario, Sarah. No un matón.

—¿Hay diferencia? —Arquea una ceja perfecta y suspira.

—Sabes que lo hay, o te habrías ido mientras dormía.

Se muerde el labio inferior y se lleva la mano al vientre. Hay conflicto en su expresión, su ceño aumentando ligeramente. Toma su medalla y la levanta para que yo la vea. —Mi madre murió hace dos años. Un derrame cerebral.

—Lo siento.

Asintiendo, besa el colgante antes de dejarlo caer contra su pecho. —Mamá intentó darme la medallita varias veces para protegerme de todo lo que temía. Pero no me gustaba. Me hacía sentir sobreprotegida. —Una sonrisa triste se dibuja en las comisuras de su boca. —Después de su muerte la guardé en uno de mis cajones y se me olvido por completo que estaba allí. Luego, aproximadamente una semana después de descubrir que estaba embarazada, me desperté a la media noche y lo primero que me vino a la mente fue esta medalla.

—Era tu madre —digo. —Quería que la usaras.

Suspirando, deja que su mirada se encuentre con la mía nuevamente. —También me envió un ángel.

—No soy un ángel —susurro.

Sorprendiéndome, pasa sus dedos por mi mandíbula y luego hasta el tatuaje en mi cuello, el que recibí el día que vendí mi alma a cambio de venganza. —Diablos —lee la palabra escrita debajo de una calavera blanca. —No eres un ángel. Eres un demonio —dice, pero no demuestra

miedo ni vacilación cuando me toca.

—Soy un hombre malo, Sarah. He hecho cosas terribles.

—Entonces, ¿por qué pienso que darías tu vida por la mía?

—Porque lo haría. —Bajo mi mano de su mejilla y la coloco sobre su abdomen. —Juro protegerte a ti y al bebé hasta mi último aliento.

Su mirada se intensifica y parece buscar algo en mí. —¿Tienes hijos? —pregunta, luego casi como si se diera cuenta, sus ojos se abren y la idea de que ha visto una parte vulnerable de mí me hace brincar de la cama.

—Alejandro —suplica, agarrando la muñeca de mi mano, pero me retiro de ella bruscamente.

—Llegaran a recogernos pronto —le digo y me dirijo al baño, cerrando la puerta detrás de mí antes de que pueda seguirme.

Después de una larga ducha, la mayor parte de la cual paso decidido a castigarme con imágenes del pasado (promesas hechas y, ahora, promesas incumplidas), salgo y encuentro a Sarah sentada en la cama.

Se frota el vientre distraídamente, mirando a la pared.

—¿En qué piensas? —le pregunto, odiándome a mí mismo cuando me acerco a ella y paso el dorso de mi mano por su suave mejilla. Porque no importa que un día jure jamás volver a tocar a otra mujer, no puedo evitar tocar a Sarah.

—En ti. —Vuelve su rostro hacia mi mano y deposita un beso allí. El gesto tan tierno e íntimo me deja sin aliento.

—¿Qué piensas de mí?

—Yo… —Un golpe en la puerta la detiene.

—Bájate —ordeno, sacando la pistola de la funda de mi cinturón y apuntándola hacia la puerta. Aunque mantengo mi dedo apretado contra el cañón, estoy listo para matar a cualquier posible intruso.

—¡Montero, abre! —escucho venir desde afuera, luego más golpes.

—¿Quién es? —Sarah pregunta cuando me ve relajarme.

—Nuestro taxi. —Abro la puerta y encuentro a dos de mis muchachos parados allí.

—Puta madre —maldice Damián. —¿Podrías haber elegido un motel peor?

—Lo siento. Nuestras opciones eran limitadas —me quejo cuando él pasa a mi lado.

—Entonces, ¿esta es la chica? —Damián contempla la cama distendida y se sonríe. —¿Te la chingaste?

Carmesí inunda el cuello y la cara de Sarah, y fija sus ojos en las dos pistolas enfundadas en su cintura. —Hablo español —le dice.

Si Sarah espera que Damián se avergüence por lo que dijo, va a quedar profundamente decepcionada. Porque eso es lo que es él y todos los míos. Sin vergüenzas.

Damián se carcajea. —La gringa habla español.

—Soy México Americana le dice.

—Oh. A mí me gusta... Oye, ¡¿que chingados?! —se queja cuando le golpeo la nuca.

—Sarah, este idiota es nuestro piloto, Damián.

El idiota le toma la mano y se agacha, dándole un beso. —Para servirle, señorita.

—Y ese que está ahí afuera —le apunto a la puerta— es Juan. Está aquí para balancear a Damián.

Juan se asoma e inclina su sombrero a modo de saludo.

Sarah les sonríe a ambos, pareciendo haber perdonado a Damián. La mayoría de las mujeres lo hacen. Es su sonrisa de comemierda la que lo salva una y otra vez.

Inexplicablemente, mi estado de ánimo se agria. No me gusta la forma en que la mira con ese brillo en los ojos que reserva para las chicas que le parecen especialmente bonitas. Chicas con las que suele revolcarse. Nunca antes me había importado. Por otra parte, él nunca ha estado cerca de una mujer que considero mía, incluso si no debería hacerlo.

—¡Que chingados! —grita cuando le doy otro golpe en la nuca. —Y, eso ¿pa que carajo fue?

—Por ser un idiota. —Agarro mi bolso de la cama y tomo a Sarah del brazo. —Vámonos.

Nos dirigimos a donde está aparcado el Ford Mustang negro de Damián. Mantengo la puerta abierta para Sarah, y se sube torpemente hacia atrás.

—Puede sentarse al frente conmigo —sugiere Damián, y lo fulmino con la mirada. Cuando se ríe como un niño travieso, me doy cuenta de que me está provocando a propósito.

—Estoy bien aquí —le dice Sarah.

Yo, sin embargo, no lo estoy. Mis rodillas están prácticamente levantadas hasta mi barbilla cuando me siento a su lado en el espacio reducido. —Necesitas un coche más práctico, Damián.

—¿Por qué? No soy tu conductor. Venir a buscarte es sólo un favor para el patrón.

—Hablando de autos —interviene Sarah. —¿Qué paso con el carro en el que llegamos?

—Me encargué de él —le dice Damián.

—¿Cómo?

—Magia. —Damián le menea las cejas por el espejo retrovisor.

—¿Entonces eres mago y piloto?

—No. Juan es el mago. Hace desaparecer cosas todo el tiempo. —Damián le da un codazo a Juan, quien asiente a su vez.

—¿El habla? —Sarah me pregunta en voz baja y señala con el dedo el asiento del pasajero delantero.

—Juan también es ventrílocuo —le murmuro cerca del oído. —Crees que Damián es el único que habla, pero en realidad, es Juan. Damián es el muñeco.

Sarah se ríe, un sonido dulce que hace algo en mis entrañas. Un sonido que quiero volver a escuchar. Quizás incluso para siempre.

—No se estén secreteando —dice Damián. —Voy a pensar que están hablando de mí.

—Si lo estamos —le afirmo.

Sarah bosteza y estira los brazos. —Estos viajes largos me dan sueño. —Sin pedir permiso, deja caer su cabeza sobre mi hombro y, en cuestión de segundos, su respiración se vuelve profunda.

—¿Viajes largos? —pregunta Damián. —Apenas llevamos diez minutos.

—Calla. —Miro el rostro de Sarah, su piel húmeda y sus mejillas rosadas. La forma en que sus pechos se agitan deliciosamente cada vez que inhala.

Cada parte de mi cuerpo se tensa al recordar lo rosados que están sus pezones. Cómo se sentían en mi boca y entre mis dientes.

Muevo algunos mechones de su cabello que han caído sobre su frente y dejo que mis dedos absorban su calor. Lo que no daría por volver a tocarla por todos lados. Sumergirme en ella, perderme en ella hasta llenarla con todo lo que tengo. Puede que haya vaciado los huevos anoche, pero puta madre, verla me tiene listo de nuevo.

Alguien en el auto se aclara la garganta y cuando levanto la vista encuentro a Damián mirándome a través del espejo.

—¿Qué traes? —le pregunto.

—Nada. —Se encoge de hombros. —Así que tú y la gringa de veras…

—De veras, ¿qué?

—Chingaron —dice Juan con total naturalidad, como si no hubiera dudas.

—No intentes ocultarlo, cabron. El lugar olía a sexo. Sexo reciente —añade Damián con una sonrisa. —Y aquí nosotros pensábamos que juraste no volver a mojarte la verga nunca más. Pero supongo que, si alguien puede resucitar la verga de un muerto, esa hembra puede.

De la nada, Juan empieza a reírse a carcajadas. El hombre apenas dice pío, y cuando lo hace, esto es lo que obtenemos. Damián se le está contagiando de forma negativa.

Entrecierro la mirada hacia ellos y luego les golpeo la nuca a los dos. —Ocúpense de sus propios asuntos, pendejos.

Esto sólo sirve para hacerlos reír más.

Sarah se mueve, pero el ruido no la despierta. Bien. Lo último que quiero es que me cuestioné sobre un juramento que hice antes de saber que ella existía. Antes de que ella llegara para darle vida a un fuego que creía apagado hacía mucho tiempo.

Una llama que tendré que sofocar antes de que ya no pueda.

CAPÍTULO
SIETE

SARAH

DUERMO de vez en cuando durante todo el viaje a Chihuahua. Si bien la atmósfera en el auto parece alegre con Damián molestando constantemente a Alejandro y él mordiendo el anzuelo cada vez, siento su urgencia.

Resulta que Damián es el piloto de los Diablos del Sur y Juan es su guardia. Él es el encargado de las entregas a Estados Unidos que van mucho más allá de la frontera. Cuando le pregunté qué transportaba exactamente, Damián dijo —Cosas que hacen girar al mundo.

Eso me dejó pensando profundamente durante varios minutos, intentando descubrir qué podría ser. Drogas, armas, dinero, diamantes... Todo eso hace girar al mundo.

Cartel. Eso es lo que son. Por mucho que estén haciendo una buena acción al salvarnos a mí y a mi bebé, siguen siendo criminales.

<<*Soy un hombre malo. He hecho cosas terribles.*>> Eso dijo Alejandro, y no creo que mintiera.

Y sin embargo… me giro hacia él justo cuando él me mira. Por primera vez desde que lo conocí, la intensidad de su vista se suaviza. El negro de sus iris parece aclararse, dejando pasar pequeñas motas de oro. Algo inexplicable calienta mi pecho. Se aprieta y se instala en mi garganta como un nudo cuando me doy cuenta de que soy *yo* quien insta ese cambio en el.

Toma mi mano y se mueve, intentando ponerse más cómodo en un asiento trasero que no está hecho para un hombre de su tamaño. Reprimo una risita, porque a pesar de todos los movimientos que está haciendo, todavía está en la misma posición. ¡Es demasiado grande!

De repente, ese pensamiento me hace recordar lo grande que es en realidad y mi sonrisa se desvanece. Se me corta el aliento cuando recuerdo ese gran cuerpo sobre mí, dentro de mí. Su peso, su olor. Su ardor.

—¿Estás bien? —pregunta al notar el cambio en mi respiración.

—Eh, sí. Yo sólo... ¿Hace calor? —Me abanico, sintiendo esa maldita torrente de sangre subir por mi cuello y mi cara.

—Damián, sube el aire —ordena Alejandro y luego me dice— Ya casi llegamos a Las Cruces.

—¿Las Cruces?

—Es el nombre del rancho de Santos. Las Cruzes con *Z*. Ahí es donde vivo.

—Qué apropiado —comento. Un hombre llamado Santos que vive en un rancho llamado Las Cruzes y sin embargo es considerado el mismísimo Diablo.

Tal como dijo Alejandro, pronto llegamos a la puerta de Las Cruzes, escrito con *Z*. Un gran arco de piedra con dos puertas de hierro de aspecto pesado marcan la entrada de la guarida de los diablos, cada una con un trío de cruces incrustadas en el centro.

Al menos diez hombres armados están a cada lado, pero sólo uno se acerca a nuestro

vehículo. Se hurga los dientes con un palillo y se inclina para mirar por la ventanilla del conductor. —Tuve que comprobar por mí mismo que estás realmente vivo, pendejo —le dice a Alejandro.

—¿Por qué carajo me habría de morir? Ya estoy en el infierno con ustedes, cabrones —responde.

Luego, el hombre se vuelve hacia mí y me da una sonrisa burlona con el palillo todavía colgando de los dientes. —¿Y esta linda?

—Es mía —gruñe Alejandro.

El hombre frunce el ceño y se aleja del auto, pareciendo genuinamente confundido. Damián se ríe y toca el claxon. —Déjanos entrar ya. Me estoy meando.

—¿Es de Montero? —oigo al hombre preguntarse cuando pasamos.

—¿Por qué está tan sorprendido de que esté contigo? —le pregunto a Alejandro.

—Por pendejo.

Pasan diez minutos más desde que cruzamos el borde de la propiedad para llegar a la casa. Aunque todavía tiene ese aire desértico, hay muchos más puntos de interés que me mantienen despierta y asimilando todo.

La vasta propiedad está ubicada en un valle y rodeada de cerros que parecen más pinturas que algo real, con azules y marrones brumosos que manchan sus superficies y casas pequeñas que apenas se pueden ver a simple vista.

A un lado hay muchos campos de maíz y más allá, me dijeron, hay frijol, diferentes formas de calabazas y más. Al otro lado hay varios edificios pequeños donde andan hombres y caballos, además de oficinas, establos y una bodega.

El carril de tierra da paso a adoquines del viejo mundo cuando finalmente llegamos. Rodeamos una fuente grande y nos estacionamos frente a la entrada principal de la casa. Aunque la extensa hacienda tiene solo un nivel, ciertamente es enorme.

—Guau —resoplo, mirando por la ventana hacia la casa de estilo español. —Es increíble.

Al salir, un carro El Camino negro y viejo, pero impecablemente conservado, se detiene a nuestro lado. El rugiente motor se apaga y sale un hombre. Se quita las gafas de sol de aviador y se dirige hacia Alejandro.

Los dos se abrazan como lo hacen los hombres, chocando y dándose palmadas en la espalda, para luego separarse inmediatamente.

—Santos —saluda Alejandro a su superior con una leve inclinación de cabeza.

—Estás vivo, cabrón. Sabes que no puedo perder otro sicario.

—Mil disculpas —se burla Alejandro.

—¿Es ella? —pregunta su jefe, volviendo su mirada hacia mí. Recorre sus ojos observando rápidamente mi ropa de hombre, pero si lo encuentra extraño, no lo demuestra. ¿Quién sabe? Quizás mujeres llegan vestidas así todo el tiempo.

—Es ella —responde Damián por él. —Pero ten cuidado con lo que dices. Es México Americana y habla español.

Santos me lanza una sonrisa diabólica y, vaya, si no estuviera ya deseando a Alejandro, él ciertamente me tendría jadeando.

Mientras Alejandro exuda letalidad, donde sabes que no es alguien con quien meterte, Santos tiene una vibra más traviesa. Parece juvenil, a pesar de la piel áspera de sus mejillas bronceadas y las pocas canas en su cabello oscuro. Podría ser porque está vestido con jeans rotos y una camiseta de la banda Metallica, o por la energía en su paso ligero cuando lo seguimos a través de las grandes puertas de madera de la casa.

Su alegría coincide con la de Damián. Apenas llegamos a la sala de estar cuando lo estrangula mientras se ríe con total alegría. Forman un espectáculo divertido, peleando en el centro de este gran espacio con gruesas vigas de madera que sostienen los altos techos, una gran lámpara redonda de hierro forjado y sofás de cuero frente a una enorme chimenea. Es más el tipo de lugar que alguien usaría para impresionar que para jugar.

Por un momento, me pregunto si tal vez no entendí mal y él no es en realidad el patrón.

Pero mi duda no dura mucho. Santos le revuelve el cabello a Damián cuando está claro que ha ganado, luego, como si se hubiera accionado un interruptor, su comportamiento cambia por completo. Atrás queda la sonrisa juguetona y los suaves ojos marrones. En su lugar lleva un intenso ceño fruncido al caminar hacia nosotros que me provoca un escalofrío en la espalda.

—Llévala a una de las habitaciones —le ordena a Alejandro. —Entonces ven a mi oficina. Necesitamos hablar.

—Si van a hablar de mí, me gustaría estar allí —intervengo antes de que pueda detenerme.

Santos centra su mirada en mí. —Si escuchas lo que decimos, tendrás pesadillas por el resto de tu vida. Créeme, mijá, será mejor que no sepas.

—¿Por qué? ¿Porque soy mujer? —Enderezo mi columna y levanto la barbilla.

En ese mismo cambio repentino, vuelve a su sonrisa juguetona y se carcajea de buena gana. —Tengo mujeres en mi empleo más letales que cualquiera de nosotros aquí. Tu sexo no tiene nada que ver con eso. Lo que pasa es que estás fuera de tu elemento y embarazada.

—Es porque *estoy* embarazada que quiero saber qué piensas hacer conmigo y con mi bebé —le digo.

Santos entrecierra los ojos mientras aprieta los dientes y luego se vuelve hacia Alejandro. —No nos tiene miedo.

—No me digas —responde Alejandro, y cuando lo miro, veo una sonrisa de orgullo en su rostro.

—Debería tenerlo. En mi oficina. Una hora —le ordena de nuevo, y luego les dice a Damián y a Juan —Y ustedes dos ocúpense con ese cargamento. —Sin decir más, se marcha.

—Bueno, supongo que recibimos nuestras órdenes. Vamos, Juancho —dice Damián, y ellos también se van.

—Tu jefe es… diferente —le comento a Alejandro.

—Los hombres complicados lo son.

—¿Tu eres un hombre complicado, Alejandro? —Me acerco a él.

—Definitivamente. —Toma mi mano. —Debes estar muriéndote de hambre.

Antes de que pueda responder, mi estómago lo hace por mí. Gruñe y arde, obligándome a hacer una mueca. —Un poco. —Es mentira. La verdad es que podría comerme un caballo.

—Vamos a comer algo y luego te llevaré a mi habitación.

—¿Tu habitación? —Bajo los párpados y coloco mi mano sobre su pecho. —¿El patrón estará de acuerdo con eso?

—Me importa un carajo lo que alguien tenga que decir. Dormirás en *mi* cama. —Con un resoplido que me hace sonreír, gira sobre sus talones y me arrastra con él.

Entramos en uno de los tres amplios pasillos que se bifurcan desde el salón. Mientras que el piso en el área principal es de piedra natural clara, los pisos aquí son anchos tablones de madera que, aunque desgastados, estoy segura que son costosos.

Ventanas con molduras gruesas se alinean en toda la pared izquierda, aportando la luz que tanto se necesita a un espacio que de otro modo sería oscuro y aterrador. Después de dos vueltas llegamos a una puerta al final y entramos a la cocina.

—Aquí se necesita mapa. —Paso por la isla hasta una puerta. Al abrirla, me complace encontrar la despensa. —Alguien podría perderse.

—Estarás conmigo durante tu estadía. No tienes que preocuparte por perderte.

Salgo con una bolsa de papas fritas y un frasco de salsa y luego los dejo sobre la encimera. —Sí, pero ¿qué pasa si decido comer algo más tarde? O quiero explorar.

Me entrecierra la mirada de esa manera que me hace sentir un hormigueo y comienza a acechar hacia mí. Instintivamente doy un paso atrás, pero la pared detrás me detiene. Él apoya sus manos a cada lado de mí, bloqueándome el escape. —Si estás fuera de mi vista, estás en mi habitación. ¿Me entiendes? No explorarás nada sin mí.

Poniendo los ojos en blanco, trato de alejarlo, pero es inútil. El hombre bien podría ser una montaña.

—Ya porque eres un gran leñador no significa que puedas mandarme. Y todo eso de que Santos quiera discutir mi situación sin yo estar presente me encabrona. ¡Me acabas de secuestrar y apuntar con una pistola! —Clavo mi dedo en su pecho. —Y no me ves llorando, así que ¿por qué pensarías ni por un segundo que no puedo aguantar…? —Sus labios chocan contra los míos en un beso cataclismo, efectivamente aniquilando cualquier pensamiento racional de mi mente y mi capacidad de recordar de qué diablos estaba hablando.

Todo lo que se necesita es el sabor de su boca, un movimiento rápido de su lengua, para despertar mi deseo por él. Y no es una pequeña necesidad de coger. Es un hambre desesperada de consumirlo. De que él me consuma a mí.

Mis brazos rodean su cuello y mis piernas se aferran a su cintura mientras él me levanta. Su pasión es tan salvaje como la mía y clava sus dedos en mi pelo, mi espalda, mi trasero.

Cuando rompe el beso para chuparme el cuello, gimo —A la chingada con la comida. Llévame a tu habitación. Te quiero a ti dentro de mí.

Algo en lo que he dicho le hace detenerse. Respira con dificultad contra mi piel y sus dedos se contraen. Me meneo en un intento de seducirlo una vez más, pero no me obedece.

Luego, cuando me suelta, me quejo —¿Qué?

—Necesitas comer —afirma con brusquedad, como si le costara hablar.

—¿Qué? Eso, puede esperar. —Intento envolvérmele de nuevo, pero él me aparta.

—Sarah, estás embarazada. Tienes que comer. —Me lleva a la mesa y me deja caer en una silla. —Y esto no es comida —dice, señalando las papas fritas.

Abre dos puertas que pensé que eran parte del gabinete pero que, en realidad, son el refrigerador. Después de buscar en él, encuentra huevos, jalapeños, queso y tortillas. Al cabo de quince minutos, coloca un platillo frente a mí.

El aroma delicioso bajo mi nariz me hace salivar. Como si mi cuerpo tomara control, cavo como un animal, metiéndome comida en la boca más rápido de lo que puedo tragar.

Alejandro me mira fascinado cuando regresa de la estufa con dos platos más pequeños.

—¿No vas a comer? — le pregunto con la boca llena.

—Ese plato era para nosotros dos. Iba a servirnos en estos.

Me detengo con un mordisco en el aire y miro hacia el plato casi vacío. —Oh, mierda, lo siento. Yo... supongo que no me di cuenta de lo hambrienta que estaba.

—No te preocupes por eso. Y estás comiendo por dos. Me haré un sándwich.

—¿Está seguro? —pregunto con vergüenza.

—Estoy seguro.

Se inclina y me da un suave beso en la frente antes de levantarse para prepararse algo, pero interrumpe su preparación de comida cuando me trae un vaso de leche fría.

Algo dentro de mí se estremece. Es un gesto pequeño, pero antepuso mis necesidades a las suyas. Lo conozco desde hace sólo dos días y me hace sentir más importante que nadie. A excepción de mi madre. Hubo muchas ocasiones en las que ni siquiera ella podía superar su miedo a la vida lo suficiente como para dejarme vivir la mía.

—Alejandro, gracias por cuidarme.

Viene a sentarse a mi lado y pone su comida en la mesa. —Me gusta cuidar de ti. Por eso no puedes estar en mi junta con Santos. No tiene nada que ver con tomar decisiones por ti, y todo con mantenerte protegida. Todo esto es mucho más grande que tú. Hay muchas otras personas involucradas. Gente malvada de la que, por tu propio bien, no necesitas oír hablar.

—¡Pero no tengo miedo!

—Eso no es cierto. Tienes miedo, y lo deberías tener. Esto no es un juego, Sarah.

Dejo mi tenedor y lo miro fijamente. —Tienes razón. Estoy asustada. —Dejando escapar un suspiro largo, me paso la mano por la cara. —La verdadera razón por la que vine a México es porque tenía miedo y no quería tenerlo. Cuando mi madre era joven, mi abuelo se involucró con los capos de la droga en Michoacán. Delató a alguien y persiguieron a toda su familia. Hasta el día de su muerte no me pudo decir qué les hicieron, sólo que mi abuela se la llevó a ella y a mi tía y huyeron.

—Después de eso, tenía mucho miedo de todo. El miedo la consumió. Nos consumía a las dos porque ella me oprimía cada vez que quería vivir. Y hasta cierto punto, la dejé porque la amaba. Pero luego ella murió en su casa sin haber hecho nunca nada, y supe que yo no podía quedar así. Quiero ser valiente. Por favor, no me sobreprotejas —le suplico.

Resopla. Pasando su brazo por mis hombros, besa la parte superior de mi cabeza. —Eres tan valiente. Pero esto va más allá de ti. No eres más que un punto fugaz en el radar de quienes nos persiguen. Todo lo que quieren es una excusa para hacer algo que han estado deseando hacer durante mucho tiempo.

—¿Qué significa eso?

—Significa que, si deciden tomar represalias, no tendrá nada que ver contigo. Les importa un carajo tú o lo que pagaron por tu bebé. Lo que ellos quieren son las cabezas de los Diablos del Sur. Entonces, cuando me reúna con Santos, lo único que discutiremos sobre ti es la manera más segura de llevarte a tu casa.

Suspiro, queriendo discutir, pero tiene razón. Estos son asuntos de cárteles y no tengo nada que ver en ellos.

Unos pasos nos alertan de que alguien viene. Ambos nos giramos para ver a Santos entrando a la cocina con su celular en la oreja. Nos ve y sonríe de esa manera traviesa que también tiene Damián. Debo admitir que es encantador. Y al observarlo, me doy cuenta de que es un hombre muy carismático, capaz de encantar tanto a hombres como a mujeres. Una buena cualidad que debes poseer cuando quieres doblar a alguien a tu manera.

Al interpretar mal mi estudio sobre él, dice —¡Bu!

Frunzo el ceño y me giro hacia Alejandro en cuestión. ¿Realmente debería tenerle miedo?

—Es inofensivo —me dice.

Vuelvo a mirar al jefe peligrosamente guapo y no puedo evitar que me caiga bien. Quizás ahí está el peligro. Mis ojos se desvían hacia sus brazos tatuados y hacia un tatuaje que reconozco al instante porque se lo vi a Alejandro. Es la calavera blanca con la palabra Diablos escrita debajo. Sólo que, donde Alejandro tiene el suyo en el cuello, Santos tiene el suyo en la parte interna del antebrazo.

Estoy a punto de preguntar sobre eso cuando somos interrumpidos por un hombre que no

había visto antes.

—¡Patrón! —dice sin aliento detrás de mí, y todos dirigimos nuestra atención hacia él. —Ha vuelto a escaparse.

—¿Que chingados? —Santos maldice. Luego, a la persona con la que está hablando por teléfono, le responde —Nadie. Tengo que colgar. Mucha suerte con todo, mijá. Mantente en contacto. —Cuelga y guarda el teléfono en su bolsillo trasero antes de correr detrás del otro hombre.

—¿Quién escapó? —le pregunto a Alejandro en el momento en que se pierden de vista.

—Nadie.

—Pero acabo de oír…

—Déjalo en paz —ordena y me muerdo la lengua.

Es decir, hasta que me alcanzan los gritos de una mujer. Me levanto de mi asiento y corro por el pasillo hacia la puerta principal con Alejandro justo detrás de mí.

Me detengo en seco cuando veo a Santos entrar con una mujer colgada sobre su hombro, pateando y retorciéndose.

—Suéltame, ¡bruto pendejo! —la mujer exige y le golpea la espalda con fuerza.

Agarrando el brazo de Alejandro, intento jalarlo hacia adelante. —¡Haz algo!

—Ese no es asunto nuestro.

—Bien. Si no lo haces tú, lo haré yo. —Estoy a punto de lanzarme sobre Santos cuando veo como la chica le da tremenda patada en sus testículos.

Él se dobla y la deja ir. Como gata, se da vuelta y cae de pie. Su largo cabello oscuro cae salvajemente sobre sus hombros y sus ojos verdes brillan de puro odio.

Aprovechando su herida, la muchacha se lanza hacia la puerta, pero él la rodea con sus brazos y la levanta del suelo.

Furiosamente, ella lucha por soltarse. —¡Déjame ir!

—No. —Santos se esfuerza por agarrarla, como si la pizca de mujer pesara una tonelada, o tal vez fuera fuerte como un buey. De cualquier manera, gruñe y se mueve, los músculos de sus brazos hinchándose con el esfuerzo.

—¡Te voy a matar! —ella grita.

—Hazlo —le responde el, luego se vuelve hacia nosotros con una expresión de disculpa, del tipo que le pasa a un padre cuando tiene que sacar a rastras a su hijo rebelde de un restaurante. —Por favor discúlpennos. Alejandro, llegaré tarde a la reunión.

Observo, completamente atónita, cómo él la lleva por uno de los tres pasillos.

Girando sobre mi protector, me cruzo de brazos. —¿Por qué no hiciste algo?

—¿Por qué no hiciste algo tú?

¿Por qué no hice nada? Probablemente porque parecía demasiado peligroso acercarse a cualquiera de ellos. Me imaginé que ella me daría una patada en la cara en su lucha por escapar. Pero no le digo eso a Alejandro.

En cambio, digo —Pensé que ustedes eran los buenos que liberan a las personas, no que mantienen rehenes.

—Te he dicho que no somos los buenos. Y nunca dije nada sobre mantener a personas como rehenes. Sólo que nos negamos a permitir el tráfico humano, especialmente de niños. Ella no es una niña ni está siendo objeto de trata.

—¿Quién es entonces?

—La esposa de Santos —afirma simplemente.

Se me abre la boca. —¿Su esposa? Pero si ella es su esposa… —Me detengo, mi mente

tratando de entender. —¿Por qué está tratando de escapar?

Alejandro inhala profundamente como si buscara paciencia y luego suelta la respiración. Sus manos suben a mis hombros y mira dentro de mi alma, de la misma manera que siempre lo hace, obligándome a escuchar. —Santos no la mantendría aquí si no hubiera una buena razón. De lo contrario, no lo toleraría. ¿Puedes confiar en mí sobre eso?

Asiento con la cabeza. Confío en él. Con mi vida. Con la vida de mi bebe. Y ahora, mientras dejo que me lleve por otro pasillo, lejos de la mujer que obviamente está cautiva en esta guarida, me doy cuenta de que le estoy confiando mi corazón.

CAPÍTULO
OCHO

ALEJANDRO

DESPUÉS DE DEJAR a Sarah descansando en mi habitación, me dirijo a la oficina de Santos, situada en uno de los edificios ubicados afuera de la casa. Decidió hacer negocios allí porque si se enoja, puede simplemente salir, montarse en su caballo y cabalgar en vez de andar por la casa, empeñado en matar a alguien.

Cuando llego, Andrés, su mano derecha y nuestro banquero, ya está allí, sentado detrás de su escritorio. Parece fuera de lugar con su traje caro en esta habitación que parece más un establo que una oficina, con sillas de montar y herraduras en las paredes en lugar de obras de arte. Una oficina en un lujoso rascacielos con vistas al horizonte de la Ciudad de México sería una mejor opción para él. Pero Santos dice que no lo tenemos aquí por su apariencia.

Andrés sólo me ofrece un breve asentimiento antes de volver a centrar su atención en su trabajo. —He estado ausente tres días y al volver a casa encontré todo un caos. El lugar no puede funcionar sin mí —se queja.

—No lo niego.

—Qué bueno que hayas vuelto con vida, Montero. Al menos tenemos eso.

En ese momento entra Santos, luciendo como si hubiera sido atacado por uno de los gatos que deambulan por la propiedad, con rasguños en toda la cara, cuello y brazos, su estado de ánimo igual de destrozado.

Nos mira a ambos mientras cierra la puerta de golpe, luego se sienta y coloca sus botas sobre el escritorio frente al de Andrés. —¡Puta madre! —Golpea con el puño el descansadero de la silla.

—Deberías de darte un paseo primero —le sugiero. —Desahógate un poco.

—Esa hembra va a ser mi muerte —gruñe antes de mirar a Andrés. —¿Que encontraste? ¿Cómo supo López que vendrían los Diablos?

Andrés anota los documentos financieros que está revisando. —No fue ninguno de nuestros hombres. Así que tuvo que haber venido de los mismos tipos que nos dieron la información en primer lugar. Te dije que no confiaras en una fuente anónima.

—Teníamos que comprobarlo y me alegro de haberlo hecho. De lo contrario, Sarah estaría muerta —le contesto yo.

—Arriesgaste la vida de quince hombres —responde Andrés en un tono acusatorio.

—Y lo haría todo de nuevo.

—Entraste a ciegas —continúa Andrés. —¡Protegemos a los nuestros por encima de todo!

—¡Basta! —grita Santos. —La pregunta es ¿por qué nos dieron información a los dos? ¿Qué se ganarían con eso?

—Dos cárteles en guerra podrían ser una distracción —supone pensativamente Andrés. Luego suena su teléfono y lo saca del bolsillo de su abrigo. —Maldita sea.

—¿Qué? —pregunto.

—Acabo de recibir confirmación que los hombres de López fueron vistos dirigiéndose hacia aquí. —Levanta el teléfono para que Santos y yo podamos ver la fotografía que acaba de tomar uno de sus muchachos. Muestra una caravana de SUV negros estacionada en una gasolinera. —Estarán aquí en menos de doce horas.

—¡Chingados! —Me paso los dedos por el pelo con total frustración.

—Hay que sacar a la gringa de aquí —dice Santos.

—No es a ella a la quieren. —Y yo no quiero que se vaya.

—No importa —me dice Santos. —Si la encuentran aquí, la convertirán en un ejemplo para demostrar su punto. Lo sabes tan bien como yo. —Cuando me quedo callado, me insta a que responda. —Montero, tiene que irse por su propia seguridad.

—Está bien —digo. —La llevaré yo mismo.

—No. Te necesito aquí. Damián irá a Los Ángeles a primera hora de la mañana. Él se la llevará.

Me muevo para mirar por la ventana y descubro que el día parece más oscuro que cuando recién entre a la oficina.

Sarah. Apenas la conocí ayer y, sin embargo, es como si siempre hubiera sido mía. En el instante en que la toqué, se filtró en mi piel y se grabó en la médula de mis huesos.

Rompí mi juramento por ella. Fue un voto hecho hace mucho tiempo, pero mi atracción por ella, mi necesidad por ella lo borró como si las palabras nunca hubieran sido pronunciadas.

Ahora debo dejarla ir, y siento que ya lamento su pérdida. Aunque no estoy seguro de por qué. Siempre supe que Sarah no estaba destinada a permanecer en mi vida más que por un momento fugaz. Un hombre como yo no podría esperar más.

Mi tiempo con ella está a punto de terminar.

CAPÍTULO
NUEVE

SARAH

ODIO SENTARME AQUÍ, esperando. Totalmente consciente de que parte de las discusiones que Alejandro tiene con su jefe son sobre mí y mi futuro.

Mirando a mi alrededor, busco algo nuevo que observar. La habitación de Alejandro se ha vuelto tan familiar para mí como la mía ahora que he explorado cada centímetro. Refleja su personalidad. Sencilla, sin lujos ni adornos, salvo una gran cruz que cuelga sobre la cabecera. Todas las superficies son duras: paredes, piso de madera y dos sillas sin cojines. Está limpio, prácticamente libre de polvo y su ropa está casi obsesivamente organizada.

Hay un televisor de pantalla plana, pero rara vez veo tele en mi casa mucho menos aquí donde no sé qué canales hay.

Siempre he preferido leer. Sin embargo, el único libro que encuentro es una biblia encuadernada en cuero marrón que está tan hecha jirones que parece antigua. Puedo contar con una mano la cantidad de veces que he ido a la iglesia. Mi madre era católica. O al menos eso juraba. Rezaba todas las mañanas y todas las noches, leía pasajes de la biblia durante el desayuno. También había una enorme cruz colgada encima de cada una de nuestras camas. Pero nunca se esforzaba por ir a misa ni de enviarme a la escuela dominical.

Entonces, ¿era realmente una creyente?

Automáticamente, toco mi medalla. Yo nunca he sido creyente, pero si no fuera por ella, estaría muerta. Milagro o no, me salvo. Esta virgencita es la razón que Alejandro detuvo el dedo en el gatillo de su pistola.

Sintiéndome un poco culpable por mi propia conciencia, tomo la biblia de la mesa de noche. La funda es tan quebradiza que se desprenden pequeños trozos y decido colocarla en la cama por miedo a dañarla más.

La abro con el mayor cuidado posible. En el interior de la portada, esta el nombre Ana Patricia Huerta de Montero. Sigo las letras escritas en caligrafía hermosa.

¿Montero? Ese es el apellido de Alejandro.

Empiezo a hojear las páginas y encuentro pequeñas notas en las esquinas hechas con la misma bonita letra. También hay flores secas, junto con mechones de cabello oscuro atados con una cinta amarilla descolorida. Nada que sea inesperado en una biblia antigua.

Pero ésta no es una biblia cualquiera. Es *su* biblia, me doy cuenta cuando alcanzo un lirio escondido entre las páginas del Cantar de los Cantares. Parte del texto está subrayado aquí. <<*Mi amado es mío y yo soy suyo*.>> Luego, debajo, en escritura distinta a la femenina de Ana Patricia, esta dura y tan furiosa que casi está grabada en el papel, se lee <<*Sólo tuyo. Para siempre*.>>

En Proverbios encuentro una fotografía. La tomo para inspeccionarla más de cerca. Es una foto de boda de una pareja joven, tomada en el momento en que se miraban a los ojos con amor.

Le doy la vuelta y leo <<*Ana Patricia y Alejandro, 2010*.>>

Miro intensamente los nombres, más que a la pareja del otro lado. Un millón de preguntas se abren paso en mi cabeza. ¿Alejandro es casado? Si es así, ¿dónde está Ana Patricia?

Sintiéndome repentinamente incómoda, devuelvo la fotografía a la biblia y la dejo sobre la mesa de noche. Aturdida y con todas esas preguntas dando vueltas en mi mente, salgo de la habitación.

La casa está casi completitamente silencia, lo único que escucho es el sonido de hombres gritándose unos a otros afuera.

De alguna manera no me pierdo camino a la cocina. Aunque ya comí, necesito algo que me distraiga de todas las preguntas que tengo.

Tengo antojo de papas fritas y salsa, así que voy a la despensa a buscarlas. Cuando salgo, me sorprendo al encontrar a la hermosa mujer que Alejandro dijo que es la esposa de Santos.

Con la mano en el pecho, me río. —Me asustaste.

—Disculpa. Te vi dirigiéndote hacia aquí y quería conocerte. No hay muchas otras mujeres por aquí, si te has dado cuenta. —Me da una sonrisa genuina que toca sus ojos verdes de gato y los hace brillar cuando extiende su mano. —Soy Sonia.

Dejo mi bocadillo y la saludo. —Sarah.

—¿Eres la novia de Alejandro?

Abro el frasco de salsa y mojo un chip en él, luego me lo llevo a la boca y mastico mientras pienso en cómo responder eso. —No exactamente. Él... ¿me rescató? —Sale como una pregunta porque no estoy segura de cuál es el término correcto.

Sus cejas perfectamente arqueadas se juntan en confusión. —¿Te rescato? No sabía que los Diablos hacían otra cosa más que causar estragos.

Ahora soy yo quien frunce el ceño. —¿Santos te tiene aquí en contra de tu voluntad?

Su mirada se dispara desde la puerta de la cocina hacia la entrada como si pudiera verla. Lentamente, niega con la cabeza. —Ya no sé.

—Sonia, si necesitas ayuda...

—No —interrumpe, intentando sonreír, pero falla.

—Sonia.

—Estoy...bien —dice con un toque de duda. —Santos es mi esposo. Naturalmente, me quiere aquí.

—No me importa si es tu marido. Si te está haciendo daño...

—Nunca me haría daño —me interrumpe de nuevo. —Santos y yo… Somos complicados. Es todo muy complicado.

Formo una línea recta con los labios. —Bueno.

Sonia apoya su cadera contra la encimera y la golpea con sus uñas distraídamente. —Entonces, ¿Alejandro te rescató? ¿De qué?

Estoy a punto de responder cuando entra Damián, seguido de Santos, quien se dirige a su

esposa. Intenta pasar su brazo alrededor de los hombros de Sonia, pero ella se sale de su alcance.

—Te odio —sisea ella, mandándole una mirada asesina antes de salir furiosamente.

Pareciendo imperturbable por su respuesta, sonríe al verla irse. Luego coge una manzana de la cesta que hay sobre la encimera y le da una mordida. Me ve y su sonrisa se amplía mientras lame un poco de jugo de su labio inferior. —Bu —intenta asustarme de nuevo, cambiando su expresión a una de fingida decepción cuando no reacciono. —¿Aún no me tienes miedo?

—No. —Al menos, en este momento. Es difícil asustarse cuando sus ojos brillan más como

los de un niño travieso que como los de un hombre verdaderamente malvado.

—¿Parezco niño travieso?— Se ríe y me doy cuenta de que he dicho las palabras en voz alta. Me sonrojeo y me muerdo la lengua para evitar decir algo estúpido. Porque la verdad es que soy muy consciente de que no es un niño travieso. Santos Cruz es un criminal peligroso. Uno que protege a inocentes, pero un criminal, al fin y al cabo.

Aparentemente satisfecho de haber logrado afectarme, sale de la cocina riéndose.

—¿Cómo estás? —pregunta Damián detrás de mí, haciéndome saltar porque me había olvidado por completo de que estaba allí.

Me llevo la mano al pecho. —Mierda, me asustaste.

—¿Santos no te asusta, pero yo sí? —Se ríe.

—No. —Sacudo la cabeza, pensando en lo tranquilo, joven y fuera de lugar que parece Damián en este mundo. Por otra parte, no estoy segura de que ninguno de estos tipos encaje en la imagen que tenía en mi mente de cómo deberían ser los miembros del cartel. Aparte del hecho de que parecen ser un grupo unido. Como si se conocieran desde hace años.

Se acerca al refrigerador, saca la jarra de cristal con leche y procede a beber de ella. Al verlo, una idea se forma en mi mente. Algo me dice que conoce a Alejandro desde hace mucho tiempo.

—Damián —digo. —¿Quién es Ana Patricia?

Lentamente, baja la jarra y la regresa al refrigerador, pero no se vuelve hacia mí.

—Damián —le urjo. —¿Quién es?

—Yo… ¿Cómo te enteraste de ella?

—Alejandro la menciono —miento.

—Lo dudo. —Me mira con sospecha. —Nunca habla de su vida íntima.

—En caso de que no lo sepas, él y yo nos hemos vuelto muy íntimos.

Levanta las manos en defensa. —Por favor, no me involucres. La última vez que hablé de ella, me gané un ojo morado.

—¿Te golpeó por hablar de ella? —Ahora mi curiosidad se ha despertado seriamente.

—No. Salí corriendo porque pensé que lo haría y choqué contra una puerta. Aun así, calladito me veo más bonito. —Se aprieta los labios con los dedos.

—Damián, por favor dímelo. Quiero saber algo más sobre él. Algo que me deje entender por qué hace lo que hace. Y tengo una fuerte sospecha de que Ana Patricia es parte de eso. ¿Donde esta ella?

—Enterrada a seis pies bajo tierra, junto con mi hijo.

Me giro ante el sonido de la voz profunda de Alejandro que resuena por la cocina. Mira a Damián, quien prácticamente sale volando por la puerta, antes de volver esos ojos enojados hacia mí.

—Alejandro —empiezo, pero cierro la boca de golpe cuando da un paso hacia mí.

—¿Cómo te enteraste de Ana Patricia? —me exige. —¿Quien te conto?

—Nadie. Vi la fotografía en la biblia. La de tu boda.

Inhala profundamente y luego resopla, pero no parece poder deshacerse de la ira. —No tenías derecho esculcar mis pertenencias personales.

—No esculque. Me dejaste sola mientras ibas a discutir mi futuro sin mí. ¡Discúlpame si necesite una distracción! —grito, sintiendo mi propia ira subir a mi pecho.

—No necesitas saber nada de Ana Patricia, porque te vas mañana. —Corta su mano por el aire con firmeza. —Damián tiene una entrega que hacer en Los Ángeles a primera hora y tú irás con él.

—¿Qué? Pero…

—Vuelve a mi habitación y quédate allí hasta la mañana. Damián te estará esperando en la puerta principal a las ocho.

—¿Dónde estarás tú? —Mi voz es baja y temblorosa, llena de un dolor inexplicable.

—Yo estaré haciendo lo que debería haber hecho desde el principio.

CAPÍTULO
DIEZ

ALEJANDRO

PERECE que traigo leña ardiente bajo mis pies cuando salgo de la casa. Atravieso las puertas de entrada como si el mismísimo diablo me estuviera persiguiendo.

Sólo que no es el diablo en realidad. Con el sí podría lidiar. En cambio, lo que huyo es algo mucho peor.

Mi propia conciencia.

Mi culpa.

Mis recuerdos.

Sólo hay un lugar al que puedo ir ahora, donde debería haber ido en el momento en que llegamos.

Camino más allá del terreno principal donde están ubicados todos los edificios, hasta donde lo único que se escucha es el viento y las aguas del río que corren detrás de él. Ha pasado mucho tiempo desde que he puesto un pie en la pequeña capilla. Aún más desde la última vez que rece.

Decidido a encontrar perdón, caigo sobre el reclinatorio y me persigno ante Jesucristo.

Hay una oración en la punta de mi lengua, un suplico, sin embargo, no sale nada. Porque no es de Dios de quien quiero perdón, sino de ella.

Fue a ella a quien hice mi juramento. <<*Sólo existirás tú.*>>

Y así fue por mucho tiempo. Hasta que llego Sarah a mi vida.

Mi atracción loca por ella logró deshacer años de lealtad con una sola mirada. Aunque la culpa de desear a alguien tan desesperadamente, de la necesidad incontrolable de protegerla, me devoraba, no fue hasta que tocó la biblia de Ana Patricia que sentí su verdadero peso.

Fue como si mis dos mundos chocaron, casi a propósito. Como si el fantasma de mi pasado quisiera que Sarah la encontrara. Para saber la verdad sobre mí. Que no soy ningún salvador ni protector. Pero un monstruo.

Una sola lágrima corre por mi mejilla y cuelga de mi barbilla durante un largo rato antes de caer sobre mis manos entrelazadas. —Ana Patricia —susurro. —Perdóname.

—Alejandro. —Escucho la voz de Sarah desde la puerta detrás de mí.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto sin girarme.

—Te seguí.

—No deberías haberlo hecho —gruño, el sonido resonado por las paredes de estuco.

—Cuéntame qué le pasó a Ana Patricia.

—¿Por qué te importa?

Sus pasos son suaves contra las viejas tablas de madera a medida que se acerca. —Porque quiero conocerte. Me preocupo por ti. Me importas.

—¿Te importo? —Me río sarcásticamente y me vuelvo hacia ella. Lentamente, me levanto, luego cierro la brecha entre nosotros, dejando que la furia interior me mueva. —Acabas de

conocerme.

—No puedo explicarlo, pero si, me importas. Y mucho —insiste, incluso cuando me detengo frente a ella tan cerca que se ve obligada a mirar hacia arriba.

Sarah traga visiblemente cuando entrecierro la mirada.

—¿De verdad quieres saber?

—Sí —susurra.

Le doy una sonrisa que espero la asuste. —Lo que pasó es que dejé que la maldad entrara en mi casa. Confié en ella. Permití que durmiera bajo el mismo techo que mi esposa embarazada. Pago ese confianza de la única manera que la maldad puede hacerlo. Llevándose a mi esposa y extirpando a mi hijo antes de que pudiera respirar por sí solo, y luego arrojando los cuerpos al desierto.

Se lleva la mano a su boca y sus ojos se llenan de lágrimas. —Por favor, perdóname. Yo... yo no lo sabía. —Sacude la cabeza como si el movimiento fuera suficiente para sacudir la imagen que he creado en su mente.

—Porque no necesitabas saberlo —siseo. Aunque soy consciente de que nada de esto es culpa suya, no puedo evitar que mi tono contenga veneno. —No eres más que una transeúnte, Sarah. No estás destinada a estar en mi vida el tiempo suficiente para entenderme. Nunca lo pudieras hacer.

—Lo siento mucho —dice entre sollozos.

—No te sientas mal. Mañana a esta hora estarás sana y salva en tu casa y todo esto será un mal recuerdo y, con suerte, habrás aprendido a tener cuidado en quién confías.

Endereza su columna y se limpia la humedad de la cara. —No te preocupes por eso. Si algo he aprendido de este viaje es que no puedo confiar en nadie.

Con esas últimas palabras, gira sobre sus talones y abandona la capilla.

Me quedo allí por un largo rato, mirándola. No era así como quería despedirme. No quería despedirme en absoluto. Incluso con toda esta culpa, la quiero. Más que querer castigarme por haber roto la promesa que hice, la quiero a ella. A Sarah.

Pero lo que quiero no importa. Lo único que importa es que ella estará a salvo. Lejos de aquí. Lejos de mí.

En cuanto a mí, permaneceré en el infierno. Es donde pertenezco.

CAPÍTULO
ONCE

SARAH

HA LLEGADO LA NOCHE, indeseada y fría. Se filtra a través de mis huesos y en mis sueños, recordándome la falta de calidez. Me despierto constantemente, buscando a Alejandro, esperando que haya venido a mí. Deseando que buscara refugio en mi calor antes de despedirme.

Pero no lo hará. Lo vi en su expresión cuando fui tras él en la capilla. Tiene demasiado dolor y temo que sea por mi culpa. De alguna manera, estar conmigo ha activado un botón de autodestrucción y no sé cómo detener la cuenta regresiva.

Ruedo mi cara hacia su almohada, inhalando el sutil aroma que ha dejado, y cierro los párpados en un esfuerzo por volver a quedarme dormida. Pero no funciona. Incluso después de una ducha caliente, no he podido relajarme.

Me agacho y acuno mi vientre, sintiendo que mi niña crece por dentro. Segura. A diferencia del hijo que esperaba Ana Patricia. El hijo de Alejandro.

La maldad vino y se los llevó. Así lo describió. Se siente responsable de sus muertes. Pero ¿también siente culpa por poder salvarnos a mí a mi bebe, cuando no pudo salvar a su propia familia?

Entonces otro pensamiento se abre paso en mi cerebro. ¿Estaba conmigo sólo porque estoy embarazada y eso le recordaba a su difunta esposa?

No, no creo que sea eso. El deseo en sus ojos cuando me mira es innegable. Es a *mí* a quien quiere. Y tal vez ahí esté la respuesta.

Con todos esos pensamientos dando vueltas en mi mente, vuelvo a caer en un sueño inquieto que seguramente me dejará más cansada que cuando me acueste en la cama de Alejandro.

De repente, un fuerte estrépito a lo lejos se filtra entre mis sueños y me despierta. Por un momento me quedo quieta, preguntándome si realmente escuché algo. Entonces los gritos de una mujer me hacen incorporarme de golpe en la cama.

—Alejandro—susurro en la oscuridad, pasando mi mano por su lado de la cama para encontrarlo vacío. —¿Alejandro?

Por supuesto, no hay respuesta. Con decepción, salgo de debajo de las sábanas. Mis pies hacen contacto con el suelo frío y me levanto. En silencio, me acerco a la puerta y la abro ligeramente para mirar hacia el pasillo oscuro.

—¡Te odio! —Oigo gritar a una mujer y luego suena como un cristal chocando con fuerza contra algo.

—¡Maldita sea, mujer! —grita un hombre.

—¡No! ¡Aléjate de mí!

Esas últimas palabras me hacen abrir la puerta por completo. Corro a través del pasillo vestida en nada más que una de las camisetas de Alejandro, dirigiéndome hacia la pelea. Pero cuanto más avanzo, más me doy cuenta de que ellos también están corriendo.

Más allá de la sala de estar, los persigo y luego por uno de los tres pasillos. Entonces es cuando veo los primeros destellos de luz.

Están a la vuelta de la esquina y ya no gritan. En cambio, escucho gruñidos y bofetadas. Imaginando las manos de él alrededor de la garganta de ella mientras lucha por su vida, sigo adelante, lista para lanzarme hacia él. Pero la vista con la que me encuentro me detiene en seco. Santos y Sonia.

No son las manos de él alrededor de su garganta en absoluto, sino las piernas de *ella* alrededor de la cintura de él. Y no parece que esté luchando por su vida cuando él golpea su cuerpo contra Sonia repetidamente, aunque ella está jadeando, aferrándose a Santos como si prefiriera morir antes que detenerlo.

Con brusquedad, Santos le levanta un lado de su camisa sin mangas sobre su pecho, exponiéndolo. Se inclina y la toma con su boca, chupándola, incluso mientras continúa con sus embestidas. Ella echa la cabeza hacia atrás y grita su nombre.

Mi boca se seca instantáneamente al verlo cogérsela contra la pared. Cada célula de mi cuerpo vibra con electricidad, pero ellos parecen completamente ignorantes de mí.

Llámame voyeur, una mirona, pero sea lo que sea, no puedo apartar los ojos de ellos. Un calor húmedo se acumula entre mis piernas, líquido y desesperado, y mi propio aliento sale en forma de jadeos irregulares.

De repente, una mano me cubre la boca y me empuja hacia atrás con fuerza. Lo agarro e intento liberarme de su agarre.

—Quieta. —Es sólo un susurro en mi oído, pero el timbre profundo sigue ahí. Su voz me resulta tan familiar que la siento en mis huesos cuando habla.

Inmediatamente dejo de pelear. Alejandro deja caer la mano y ladea la cabeza para escuchar a Santos y Sonia.

Una mezcla de emoción por verlo de nuevo y vergüenza por haber sido descubierta hace que mis mejillas se pongan al rojo vivo, y trato de alejarme, pero él me agarra de la muñeca.

Poniéndose un dedo en los labios, me hace un gesto para que guarde silencio. Luego me presiona contra la pared y, cuando lo miro inquisitivamente, repite el movimiento de hacerme callar.

Se arrodilla y comienza a levantar el dobladillo de mi camisa. Mis manos se disparan y agarran las suyas, sin embargo, fácilmente supera mi protesta poco entusiasta. Pero se detiene en el momento en que pasa mi hueso pélvico y ve que no llevo nada más que la camiseta.

Sus ojos se fijan en los míos y, en esta tenue luz, brillan peligrosamente. Son casi de otro mundo. Terriblemente hermosos.

Alejandro arrastra su mano por el interior de mis piernas, subiéndola lentamente entre mis muslos. La punta de su dedo índice recorre mi pucha presionando sólo ligeramente sobre mi clítoris antes de retroceder. Cuando está más cerca de mi entrada, lo desliza fácilmente porque estoy mojada. Mierda, estoy tan mojada.

Luego se retira y esparce la humedad entre mis pliegues. Esta vez, cuando llega a mi clítoris, hace contacto directo y salto. Pero no hago ningún sonido.

Vueltas y vueltas, hace girar la humedad, provocándome. Torturándome.

Pero es cuando acerca su rostro a mí y me toma con su boca, reemplazando sus dedos con su lengua, que casi me doblego.

Él prueba mi coño con una lamida larga, chupando todos mis jugos como si fueran néctar. Mi protuberancia se hincha de necesidad mientras él centra su atención allí, moviéndola y dándole vueltas.

Sus manos se deslizan desde mis caderas, suben por debajo de la camisa hasta mis pechos desnudos, donde toca mis pezones, muy suavemente al principio. Ligero como una pluma, recorre los picos antes de pellizcarlos, y el contraste entre las sensaciones suaves y agudas envía un latido directo a mi núcleo.

Con los gemidos sexuales que emanan a la vuelta de la esquina, donde Santos se coge a Sonia como una fiera, como nuestra banda sonora, Alejandro me coge con la boca.

Estoy sin sentido por la desesperada necesidad de alcanzar mi clímax, de gritar su nombre. Así que me muerdo el labio inferior hasta probar el sabor metálico de sangre.

Sonia grita justo cuando llego a mi propio orgasmo. Me vengo en la boca de Alejandro, acercándolo a mí, presionándolo con más fuerza contra mi sexo. Las olas del placer chocan contra mí y pierdo la capacidad de permanecer de pie, dejándome caer en sus brazos.

Me levanta con facilidad y luego camina, lejos de los sonidos del apareamiento de la otra pareja, por el pasillo y la sala de estar.

Clavo mi cara en su cuello, inhalándolo, deleitándome con la neblina somnolienta que me invade.

Todo eso termina abruptamente cuando me arroja sobre el colchón. Me doy la vuelta y miro a Alejandro, confundida. Pero eso también se aclara rápidamente cuando veo la lujuria en sus ojos y sus fosas nasales dilatadas.

Se quita la camisa con una mano, por encima de su cabeza con un solo movimiento suave. Mientras camina hacia la cama, comienza a desabrocharse el botón y la cremallera de sus jeans. —Tú y yo, aún no hemos terminado.

CAPÍTULO
DOCE

ALEJANDRO

LOS OJOS de Sarah pasan del azul cielo al índigo profundo mientras me observa quitarme la camisa, luego deslizar el cinturón de mis jeans. Su mirada se fija en el movimiento de mi mano cuando desabrocho el botón y bajo la cremallera.

Dejo caer mis pantalones, luego mis calzoncillos.

Cuando doy un paso hacia ella, levanta la mano. —Espera.

Mi cuerpo se tensa ante la palabra, cesando instantáneamente todo movimiento. Es una gran hazaña no tomarla cuando estoy tan duro, mi verga como una barra de acero y mis pelotas llenas con la necesidad de liberarse. Pero ella dijo, *detente*.

Con los puños cerrados, doy un paso atrás. —Como tú quieras.

Sus labios se curvan con picardía. —Quiero decir que te quedes ahí. —Se levanta de la cama, una seductora que lleva mi camiseta y nada más debajo. —Todavía estoy mojada, Alejandro.

—Así me gustas. Mojada. Hace que sea más fácil cogerte.

—Mmm. —Coloca su mano sobre mi pecho. —Me vas a coger. Pero ya me has probado dos veces, Alejandro. Ahora es mi turno.

Besa mi pezón y, aunque nunca lo he considerado erógeno, verla hacerlo, sentir sus labios, me produce un shock. Silbo cuando toma el anillo entre sus dientes y jala, lamiéndolo después de soltarlo.

Luego arrastra su boca sobre mí mientras lentamente se arrodilla.

Su lengua sale disparada, tocando la punta de mi verga, lamiendo una gota de líquido pre seminal. —Mmm. Sabe riquísimo, señor Montero —dice antes de tomar la cabeza. Chupándome suavemente, me suelta una vez más. —Tan rico.

—Carajo —gimo cuando ella me trae a su boca nuevamente. Sólo que esta vez me permite entrar más profundamente.

Hace esto dos veces más antes de que me lleve hasta el fondo de su garganta. Se le escapa un gemido y la sensación exquisitamente enloquecedora reverbera a través de mí. Clavo mis dedos en su cabello, apretando los suaves mechones para mantenerla quieta mientras me ahondo más en ella, soltándola para permitirle respirar, pero sólo momentáneamente. Y cuando no hago esto, me agarra de las nalgas y me obliga a avanzar, chupándome con tanta fuerza que me mareo.

Antes de darme cuenta, estoy follando su boca con frenesí, hasta que siento esa tensión en mis bolas que sucede antes de que me venga. Cierro los ojos y me saco de su agarre, dejándola atónita.

—¿Qué pasó? —me pregunta.

—Quiero estar dentro de ti —digo, levantándola y arrojándola sobre el colchón. Abro sus piernas y los labios de su hermoso coño se parten. La humedad todavía allí, su dulce clítoris todavía hinchado, me dice que el chuparme la excitó tanto como a mí.

Deslizo la cabeza de mi verga sobre esa deliciosa protuberancia, provocándola aún más. Sarah deja caer la cabeza sobre la cama, respira profundamente y empuja su pecho hacia arriba.

—Levántate la camisa, Sarah. Déjame ver tus tetas.

Hace lo que le digo mostrándome los globos cremosos con sus crestas rosadas. —Eres tan bella. —Colocando mi pene contra su raja, empujo hacia adentro.

Sarah arquea la espalda y grita —¡Oh Dios! —cuando entro en ella hasta el fondo.

Las paredes internas de su núcleo son un torno apretado alrededor de mi verga, creando la presión perfecta. No hay nada más erótico para mí que verme profundamente dentro de su coño.

Pero esto no es todo lo que quiero. Cuando empiezo a empujar, me inclino hacia adelante y la beso. Si esta es la última vez que la tendré, quiero fusionarme con ella en todos los sentidos.

Sus brazos me rodean, al igual que sus piernas, abrazándome como si ella también lo sintiera. Que esta es nuestra última vez y tenemos que sacar de ella todo lo que podamos.

A medida que se acerca mi clímax, fortalezco mi control sobre ella. Luego, en un momento de puro éxtasis, me vengo, llenándola con todo lo que soy. Mi cuerpo. Mi corazón. Mi alma.

Nos quedamos mucho tiempo tumbados de lado, mirándonos fijamente el uno al otro. Sus iris cristalinos brillan en esta luz, estanques gemelos en los que felizmente me ahogaría sólo para vislumbrar su alma. Entonces es cuando me doy cuenta de cuánto la quiero de verdad. Más allá de lo físico, la deseo.

Sarah está pasando sus dedos por mi cabello, un toque suave que siento en mi centro. Me da una sensación de comodidad que no había tenido en mucho tiempo. De seguridad que parece imposible.

Aunque soy plenamente consciente de que eso no puede ser, necesito estar cerca de ella ahora.

—Sucedió hace ocho años —digo.

Frunce el ceño. —¿Que sucedió?

—La muerte de Ana Patricia y de mi hijo.

Se levanta sobre un brazo y me mira. —No tienes que hablar de eso.

Yo también me siento y coloco su cabello rubio detrás de su oreja, dejando que los sedosos mechones se deslicen entre mis dedos al dejar caer mi mano. —Lo quiero hacer. Quiero que entiendas.

—Está bien.

—Ana Patricia y yo fuimos novios desde la infancia. Siempre supe que me iba a casar con ella. Cuando cumplí dieciocho años, la tomé como esposa.

—¿Te casaste a los dieciocho?

Le doy una sonrisa. —Supongo que entonces era otra época. Nos mudamos a un lugar diminuto. Era todo lo que podía permitirme con el sueldo de asistente de mecánico.

—Entonces, un día, mi hermano mayor, Ismael, me toco la puerta. No lo había visto en años, desde que se unió a la pandilla Sangre Furia que surgió en Juárez. Vino pidiendo ayuda. Dijo que estaba listo para cambiar su vida.

Ismael había ido primero con mis padres, pero ellos lo rechazaron, temiendo que, si seguían alojándolo cada vez que decidía cambiar, nunca lo haría. Así que vino a verme y lo dejé quedarse.

Ana Patricia estaba embarazada de casi cinco meses, pero no dudamos en acogerlo. Incluso

le entregamos una llave. Cuando compartimos la noticia del embarazo, parecía realmente emocionado de ser tío. Todavía recuerdo el brillo en sus ojos oscuros al mirar el vientre de mi esposa. La sonrisa que confundí por alegría, de hecho era algo completamente distinto.

Era una advertencia.

—Se fue al día siguiente —continúo. —Aunque me decepcionó, no me sorprendió. Les había hecho lo mismo a mis padres muchas veces.

Me concentro en la mirada de Sarah mientras le cuento la historia, dejando que sea mi fuerza y ancla.

El día después de que mi hermano se fue, me levanté, le di un beso de despedida a Ana Patricia, besé a mi hijo en su vientre y me fui a trabajar. No sabía que esa sería la última vez que sentiría su calidez en mis labios. Que nunca vería esos ojos color miel que parecían derretirse cada vez que me miraban.

Esa tarde volví a casa y encontré la puerta entreabierta y la casa saqueada. Como un loco, la busqué, recorrí cada cuarto y salí a la calle, gritando su nombre.

La gente me miraba como si hubiera perdido la cabeza. Tal vez lo hice.

Imágenes de Ana Patricia, atada y aterrorizada, inundaron mi cerebro y llenaron mi sangre de furia. La quería de vuelta, quería matar a quienquiera que entro a nuestra casa y se la llevo.

La policía me dijo que harían todo lo posible para encontrarla pero que me preparara para lo peor.

Me dejaron solo y desesperado, aferrado a una manta fea que Ana Patricia le había hecho a nuestro hijo. Tenía la intención de bordar su nombre, pero no había elegido ninguno. Yo le había dado total autoridad sobre ello porque ella era quien lo llevaba. Ahora el lugar donde iría ese nombre seguía vacío y lloré aún más porque nunca sabría cual habría elegido.

Me senté en una de las sillas de la cocina, con los dedos apretando la manta contra mi nariz, queriendo captar su aroma. Luego, por el rabillo del ojo, vi algo en el suelo. Era la llave que le había dado a Ismael. Me acerqué y me agaché para recogerla. Al mirarla me llené de horror porque al instante supe lo que significaba. Mi hermano se había llevado a Ana Patricia.

Le mostré la llave a la policía. Les dije que creía que mi hermano había regresado a Sangre Furia. Eso les dio un lugar donde buscar, pero ya era demasiado tarde. Cuando encontraron sus cuerpos en las afueras de la ciudad, ya llevaban muertos mucho tiempo. Lo único que volví a ver de mi familia fueron sus ataúdes.

La policía teorizó que las personas que se los llevaron querían el bebé, pero no eran más que tontos ignorantes y lo dieron a luz demasiado pronto. Probablemente no vivió más que los pocos minutos que le tomó a Ana Patricia morir desangrada.

Mientras estaba de pie junto a las tumbas recién llenadas, sentí que mi alma se oscurecía por la necesidad de venganza. La policía no hizo más que darme vueltas y me di cuenta de que para ellos, Ana Patricia y mi hijo no eran más que víctimas cotidianas. Un caso cerrado.

Sin otra opción, tomé la justicia por mi propia mano. Había comprado un arma para protegerme el año anterior. La empaqué y me dirigí a Juárez en busca de los Sangre Furia.

No me tomo mucho tiempo encontrarlos. Todo lo que tuve que hacer fue preguntar por ahí. Cuando oyeron que alguien estaba buscando, ellos vinieron a mí.

Saqué mi pistola y de inmediato me desarmaron porque yo no sabía usarla. Bien podría haber sido una pistola de agua.

Me golpearon y me arrastraron a su cuartel general. Me arrojaron al suelo, donde todos se turnaron para patearme y golpearme. Todo el tiempo riendo.

Cuando su líder finalmente entró y les ordenó que se detuvieran, yo ya estaba medio muerto.

El jefe se acercó a mí, con sus costosas botas de vaquero marrones tan cerca que podía oler el cuero, incluso a través de mi nariz rota. Y luego miré hacia arriba para ver el rostro del hombre con el que crecí.

Era Ismael.

Me miró con esa misma sonrisa siniestra que había mostrado el día que llegó a mi casa. —Hermanito. Es muy amable de tu parte visitarnos.

—Yo no… —Me atraganté con mi propia sangre. —No vine a saludar. Vine a acabar con tu maldita vida.

Su sonrisa se hizo más profunda y maligna. —Mira nomas. ¿Es esa alguna manera de tratar a tu familia? ¿Venir aquí y hablar babosadas?

—¡Mataste a Ana Patricia! —Escupí, levantándome con brazos temblorosos. —Ahora te voy a matar yo a ti. ¡Te quiero muerto!

—Quiero, quiero —imitó en un gemido, luego gritó —¡¿Qué pasa con lo que *yo* quiero?!

Me senté, obligándome a permanecer consciente, a pesar de que todo me daba vueltas. —Me importa un carajo lo que quieras.

Se acercó a los otros hombres. —Pa fuera, cabrones. —Cuando se fueron, Ismael comenzó a rodearme, mirándome con un odio que nunca antes había visto en él. —¿Cómo es que yo soy el mayor, pero tú eres su favorito?

—¿Qué? —Miré a mi alrededor, esperando encontrar algún tipo de arma. A varios metros de mí había una cadena en el suelo. Estaba cubierta de sangre y me di cuenta de que la habían usado para golpearme.

Matar a Ismael con ella parecía poético. Una buena manera de acabar con él. Sin embargo, cuando intenté avanzar hacia allí, dolor recorrió cada parte de mi cuerpo. Estaba destrozado.

Ismael la vio y se acercó. La recogió, riéndose antes de echarla lejos de mi alcance.

Suspiró como si le doliera. —Nuestros padres siempre te amaron más. Te prefirieron. No hubo nada que pidieras que no te dieron.

Sacudí la cabeza con incredulidad. —¡Eso es porque nunca pedí nada!

—¿Y yo sí? ¡Todo lo que quería era su amor y comprensión!

—¡Ellos te aman!

—No —negó enfáticamente. —No de la misma manera. Me miran con decepción. ¿Sabes que la última vez que los vi, Papá me dijo que yo era la desgracia de la familia? ¿Que nunca llegaría a ser nada más que un criminal de mala vida? Si tan sólo pudiera verme ahora. —Giró en su lugar, con los brazos extendidos. —Todo esto es mío ahora. Yo soy el jefe. Gracias a ti.

—¿A mí?

—Tú me diste a Ana Patricia.

—¡Perro cabrón! Te deje entrar a mi casa y me pagaste matando a mi esposa?

—¿No te haría eso, ultimadamente, responsable de su muerte a ti? —Sonrío mientras estiraba sus brazos hacia mí, diciendo —Mis manos están limpias.

Rugí de ira ante la verdad de sus palabras. Porque sí, fue mi culpa. Y ahora ni siquiera tenía fuerzas para ponerme de pie.

De repente, hubo un disturbio afuera. Ismael corrió a la ventana y miró hacia afuera. —¡Puta madre!

—¡Jefe! —Uno de sus hombres atravesó la puerta de golpe. —¡Estamos bajo ataque! Se tiene

que ir.

—¿Quién es? —preguntó Ismael, sacando el arma de la funda que llevaba en la cintura.

—No sabemos. ¡Pero son muchos!

Mi hermano empezó a caminar hacia la salida, pero se detuvo como si hubiera olvidado algo. Luego me volteo a ver y supe lo que era.

Con largas zancadas, se dirigió a mí, sacando una gran daga del interior de su abrigo. Se arrodilló detrás de mí y envolvió el brazo que sostenía su pistola alrededor de mi cuello, obligándome a arquear la espalda.

Mis costillas se rompieron bajo la fuerza de su daga cuando la hundió en mi costado. Al instante, respirar se volvió casi imposible. Algo como fuego se extendió por mi pecho mientras arrastraba el arma hacia mi corazón.

Hasta gritó por el esfuerzo que le costó seguir moviendo la daga profundamente en mi torso. —Me aseguraré de enviar tu gran corazón a nuestros padres.

Si no fuera por el edificio acribillado a balazos, creo que me habría arrancado el corazón y, de hecho, se lo habría enviado a mi madre y a mi padre. Pero no tuvo tiempo.

Caí al suelo cuando me soltó y salió corriendo del edificio, dejándome allí, muriendo. Buscando aliento.

En algún lugar a lo lejos, escuché el sonido de la puerta principal abriéndose de golpe. Varios hombres entraron, gritándose instrucciones unos a otros.

Uno de ellos se arrodilló a mi lado. —Patrón, este está vivo.

—¿Es él uno de ellos?

—No lo creo —respondió el chico que estaba a mi lado. —puta madre. Lo masacraron.

—Obregón, Andrés, atiéndanlo. Si sobrevive, interróguenlo.

—Sí, Santos. —El hombre asintió y procedió a salvarme la vida, sólo para que pudiera vender mi alma al Diablo a cambio de venganza.

———

Sarah me mira fijamente con los ojos enrojecidos y lágrimas rodando por sus mejillas sonrojadas, escuchando atentamente mientras termino mi historia.

—Le juré lealtad a Santos y los Diablos si me enseñaba todo lo que sabía —le digo. —Para matar a Ismael, tendría que convertirme en algo mucho peor que él.

—Un asesino —Sarah dice.

—Sí. Estaba dispuesto a matar a quien Santos me ordenara siempre y cuando me diera la oportunidad de eliminar a mi hermano. Pero al final no importó, porque una banda rival lo mató antes de que pudiera llegar hasta él.

—Es... —Se acerca las piernas con más fuerza. —¿Ese es el juramento del que hablabas?

Desvío mi mirada de ella a la biblia en la mesa de noche. —No. El día que enterré a Ana Patricia, le hice un voto.

—Que solo sería ella —dice, sorprendiéndome.

—¿Cómo supiste?

—Vi lo que escribiste. —Mira hacia su regazo. —Alejandro, ahora lo entiendo. Ya veo por qué estabas enojado. Lamento que hayas roto tu promesa por mi culpa.

La opresión en mi pecho aumenta. Extiendo la mano y tomo su mejilla, levantando su rostro suavemente para que pueda ver mi sinceridad. —No quiero que haya ningún malentendido, Sarah. No me obligaste a hacer nada. Eso era todo yo. No era contigo con quien estaba enojado.

Estaba furioso conmigo mismo. —Me recuesto sobre la almohada y la traigo conmigo, rodeándola con mis brazos.

Se acurruca contra mi pecho y coloca su mano sobre mi corazón. —¿Por qué viniste por mí?

—Estaba decidido a dejarte ir, pero... tenía que verte una vez más.

—¿Eso significa que todavía me vas a mandar de vuelta a Los Ángeles? —pregunta con tristeza.

Independientemente de mi promesa a Ana Patricia, es lo correcto. —No estás segura en México. —Le paso mi mano por la suave piel de su espalda. —Los hombres de López se dirigen aquí y, si te ven, es posible que intenten ponerte las manos encima.

De repente, se sienta y sugiere —¡Ven conmigo!

Mis hombros caen ligeramente e intento sonreír. —No hay nada que me gustaría más que ir. Pero les juré mi vida a los Diablos.

—Pídele a Santos que te deje ir.

Sacudo la cabeza y la traigo de vuelta hacia mí. —No funciona así. Sólo hay una manera de dejar a los Diablos.

—La muerte —dice, y yo asiento.

Sarah suspira profundamente y solloza. Humedad gotea sobre mi pecho, haciéndome saber que está llorando. Fortalezco mi control sobre ella, sabiendo que mañana tendré que dejarla ir.

CAPÍTULO
TRECE

SARAH

AMBOS NOS PREPARAMOS EN SILENCIO. Observo desde mi periférico cómo Alejandro se viste con su habitual camiseta negra y jeans, luego se coloca una pistolera alrededor del pecho y desliza su arma. Es su uniforme.

Yo llevo puesta una blusa rosa de manga corta y una falda de mezclilla que Sonia me trajo. Gracias a Dios estaba en el baño cuando ella vino. No estoy segura de cómo actuar con ella ahora que he la vi entrada con Santos.

Mi pecho se aprieta cuando miro el reloj en mi cómoda. Casi es hora.

—Deberíamos ponernos en marcha. Damián estará listo pronto —dice Alejandro.

Asiento con tristeza y salimos.

Santos nos saluda al pasar por la sala. —¿Es hora? —Se me pone roja la cara y rápidamente me escondo detrás de Alejandro. Confundiendo mi reacción con miedo, dice —Al fin, un poco de respeto.

No importa lo que crea. Prefiero que sea eso a que se entere de que lo vi cogiéndose a su esposa contra la pared, y que luego Alejandro me comió el coño mientras escuchábamos.

—Realmente deberíamos irnos. Gracias por todo, Santos —le digo por encima del hombro de Alejandro antes de agarrarlo del brazo para salirnos de allí.

Le brota una carcajada. —Me preguntaba cómo reaccionarías cuando lo volvieras a ver.

Sonrío a pesar de la tristeza, porque es la primera vez que lo escucho reír. Es un sonido profundo, cálido y hermoso. —Ojalá tuviera más tiempo para oírte reír de nuevo.

El maravilloso sonido muere y la angustia vuelve a sus ojos. Me rodea con sus brazos y me da un beso en la parte superior de la cabeza. —Han pasado años desde que me reía así. Gracias.

—Listo, ¿patrona? —Damián se acerca a nosotros.

Nos alejamos el uno del otro y contemplo la mirada intensa de Alejandro, queriendo llevármela de alguna manera, aunque sea solo un recuerdo.

—Gracias por todo, Alejandro Montero. Nosotras nunca te olvidaremos.

—¿Nosotras? —pregunta confundido.

—La bebé y yo. Ella crecerá escuchando sobre el hombre valiente que nos salvó. —Me pongo de pie al mismo tiempo que tomo su cuello y acerco su rostro al mío. Nuestras bocas se encuentran en un beso desesperado, lleno de dolor.

—Tenemos que irnos —insta Damián, pasando su brazo alrededor de mis hombros, alejándome.

Lentamente, suelto la mano de Alejandro y me ciento vacía en el momento en que nuestra piel ya no se toca. Damián y yo comenzamos a caminar hacia su auto que nos llevará a la pista de aterrizaje, pero nos detenemos cuando escuchamos disparos a lo lejos.

Santos sale corriendo por la puerta principal, su rostro una máscara de rabia. — Puta madre,

¡esos cabrones ya están aquí!

—¿Como? —demanda Alejandro.

—Había otra caravana más adelante. ¡Están en la maldita puerta! —Da órdenes a los hombres armados que custodian la casa. —Montero, ve a terreno elevado y elimina a tantos como puedas. —Señala con el dedo en nuestra dirección. —¡Damián, sácala de aquí!

Miro a mi alrededor con horror mientras todos se dispersan. —¡Alejandro!

Ambos hombres me empujan hacia el auto.

—Tienes que irte —dice Alejandro. —¡Ya!

—Pero…

—¡Ya! —Me empuja al asiento de pasajero de una camioneta blanca y cierra la puerta de golpe mientras Damián se sienta en el lado del conductor.

Alejandro se aleja, y justo un momento antes de que arranquemos, hay una explosión tan cerca que sacude la camioneta pesada.

Me giro en mi asiento para mirar por la ventanilla trasera mientras nos alejamos, y apenas lo veo entrar a la casa.

—¡¿Qué les va a pasar?! —le exijo a Damián.

—Los de López pelearán, pero Los Diablos ganarán.

Los sonidos de otra explosión y disparos vibran contra las ventanas y mi estómago se hunde aún más. —Quieres decir ganar con pérdidas.

Veo sus ojos por el espejo retrovisor y me dan la respuesta. Habrá víctimas. Siempre las hay.

Mi corazón late contra mi pecho y mi respiración se acelera cuando el terror se apodera de mí. Imágenes de la muerte que me rodeó en aquella gasolinera revolotean por mi mente. Esto es mucho peor que eso, y Alejandro está ahí en medio de ello.

El hangar y la pista de aterrizaje están a poca distancia, e incluso desde aquí se puede escuchar el caos de la batalla.

Damián sale, rodea el vehículo y abre la puerta. Salgo aturdida y dejo que me lleve al pequeño avión de dos pasajeros que está listo y esperando. Me ayuda a levantarme antes de entrar él mismo. Mientras tanto, miro en dirección a la casa, donde Alejandro está luchando por su vida.

Las hélices comienzan a girar y el avión acelera por la pista de aterrizaje. De repente, algo salvaje y desesperado se apodera de mí. No puedo abandonarlo. No puedo irme y nunca saber qué le pasó. ¡No puedo dejar a Alejandro!

—Espera —digo.

—¿Qué?

—No me quiero ir. ¡No puedo! —Sacudo la cabeza.

—No podemos regresar, Sarah. Es muy peligroso.

—¡Detén el avión! —le ruego, luego grito horrorizada cuando siento que las ruedas se levantan del suelo. —Por favor.

—No. Me encargaron tu seguridad.

Me tapo la boca para ahogar un llanto a medida que ganamos altura y, desde aquí, tengo una visión clara de los combates que están tomando lugar en Las Cruzes. —¡Por favor!

—No —responde y me siento casi histérica.

No debería haberme ido. Debería haberme quedado al lado de Alejandro y ayudarlo a luchar. O al menos haber visto con mis propios ojos que todavía está vivo, porque soy plenamente consciente de que podría no ser el caso.

Agarro el brazo de Damián. —Necesito estar con él. ¡¿Nunca has estado enamorado?!

Se gira hacia mí, su comportamiento tranquilo desaparecido, dejando en su lugar una fría dureza que no había visto antes. —Sí. Y es por eso que no te llevaré a…

Antes de que pueda terminar, sacó su pistola de la funda y la presiono contra su sien. Mi mano tiembla ferozmente mientras trato de mantener mi dedo firmemente contra el cañón y no tocar el gatillo. —Termina esa frase y te volaré los sesos.

Con una sonrisa, me mira de reojo. —No sabes cómo usar una pistola.

—Exactamente. Y eso te debería dar más miedo.

CAPÍTULO
CATORCE

ALEJANDRO

DISPAROS RESUENAN en los edificios y rechinan con fuerza en mis oídos. Pero el sonido de mi corazón rompiéndose es todo lo que escucho cuando tomo el rifle y la bolsa de municiones que Santos me entrega en el momento que entro a la casa.

—¿Se ha ido? —me pregunta.

—Sí. ¿Y Sonia?

—Está segura —responde. Entonces suena su teléfono y toma la llamada con impaciencia —¡¿Qué pasa?! —Empiezo a dirigirme hacia las escaleras que conducen al techo cuando me detiene. —¡Mierda! Alejandro, espera.

Me detengo y me giro hacia él. —¿Qué pasa, patrón?

Se mete el teléfono en el bolsillo. —El mismo López está aquí.

—¿Como sabes?

—Él es que me llamo usando uno de los teléfonos del guardia. Dijo que considerará detener el ataque si le entregamos a la muchacha.

—¡Que se joda! —escupo.

Santos asiente con la cabeza. —Ve al techo. Elimina tantos cabrones como puedas. Los demás están llegando y cerrarán la puerta detrás de López y sus hombres. —Eso es protocolo. Siempre teniendo soldados afuera de la puerta para atrapar a cualquiera que sea lo suficientemente estúpido como para atacar.

Hago lo que me dice, subiendo las escaleras ubicadas dentro de la casa. Cuando abro la puerta de acero que conduce al tejado, veo a dos de nuestros hombres que ya están posicionados en otros edificios, con la vista puesta en el enemigo.

En cuclillas, camino hacia el borde del techo, donde dejo caer la bolsa y cargo el arma de fuego. Deslizo el cañón a través de la ventana larga y estrecha que se creó en la pared baja específicamente para esto.

La batalla está aquí ahora. Hombres vestidos de manera similar a la nuestra están disparando. Se esconden detrás de los carros y edificios. Ya se pueden ver muchos cuerpos desangrándose y mirando fijamente al cielo.

Colocando la empuñadura del arma en mi hombro, me enfoco a través de la mirilla. Los rostros de los hombres se vuelven claros cuando la apunto sobre sus cabezas. Lo bueno es que conozco a todos nuestros muchachos. Aun así, envío una oración a la Virgen María para que proteja a cualquier recién llegado que aún no me hayan introducido, porque voy a matar a cualquiera que no reconozca.

<<Respiro, exhalo y aprieto el gatillo.>>

El golpe mortal pasa desapercibido entre el caos. Elijo otro objetivo y coloco la mira en su frente.

<<Inhala, exhala, aprieta el gatillo.>>

Doce asaltantes son eliminados así. Ninguno de los Diablos levanta la vista. Saben que me delatarían.

Sin embargo, alguien lo hace. Un hombre vestido como ningún otro, con un traje casi color morado. Él y dos de sus soldados armados se esconden detrás de una de las camionetas que trajeron. Aunque él también sostiene un arma, la suya apunta hacia el suelo, como si solo la estuviera sosteniendo para lucirse. Es trabajo de los demás mantenerlo vivo.

—López —gruño.

Su rostro se inclina hacia arriba, buscándome. Pero estoy oculto a la vista por la pared. Apunto, fijando mi vista en su frente, listo para acabar con él. Es entonces cuando sus ojos oscuros de repente parecen verme, y me congelo.

Conozco esos ojos. Los recuerdo demasiado bien.

—¿Ismael? —me susurro a mí mismo, casi como si al decirlo en voz alta lo creyera más.

¡Tiene que ser mentira! ¡Mi hermano está muerto!

Sin embargo, allí esta, devolviéndome la mirada.

Todavía podría dispararle. Matarlo con un tiro. Pero cuando pienso en lo que les hizo a Ana Patricia y a mi hijo, la necesidad de venganza es demasiado fuerte como para simplemente disparar. Necesito destruirlo.

Con absoluta rabia, dejo mi puesto y bajo las escaleras, sacando uno de mis cuchillos de mi bota. Tan pronto como salgo a la sala de estar, me atacan por detrás. El hombre corpulento me golpea en la espalda, pero no lo suficientemente fuerte como para derribarme.

Justo cuando se lanza sobre mí, ruedo para aterrizar debajo de él. Mi brazo izquierdo lo rodea, sosteniéndolo fuerte contra mí mientras, con la otra mano, le clavó el cuchillo en el lado de la garganta tres veces en rápida sucesión.

Se desploma contra mí y lo empujo, poniéndome de pie y siguiendo adelante. Paso junto a dos de nuestros hombres y cinco de los suyos, todos muertos en el suelo.

Me persigno al pasar y salgo por la puerta principal cuando otro hombre está a punto de entrar. Antes de que pueda reaccionar, deslizo mi navaja hacia arriba, enterrándola profundamente en su mandíbula inferior. Sin esperar a que muera, lo tiro a un lado.

A estas alturas, la munición ha disminuido y hay mucho más combate cuerpo a cuerpo. Igual de mortal, si no más.

Examino el área en busca de ese feo traje morado, y más adelante, más cerca de los establos, lo veo. Está parado a una buena distancia de sus guardias, de espaldas a mí, observando mientras luchan por él.

Rápidamente me muevo, llego a los edificios y me quedo cerca de ellos. Justo cuando estoy a punto de alcanzarlo, uno de sus guardias cae e Ismael se mete por una de las puertas. Maldito cobarde.

Doy la vuelta por detrás hacia otra entrada. Está oscuro dentro de los establos, salvo por la luz que dejan entrar algunos agujeros de bala. Los caballos están acostumbrados a los disparos, pero no tanto. Están nerviosos en sus puestos, relinchando y pisando inquietamente.

En silencio, corro, mirando cada puesto por el que paso, buscando a mi hermano.

—¿Trajiste un cuchillo a un tiroteo, hermanito? —Me giro lentamente para ver a Ismael apuntándome con su arma. —Pensé que los Diablos te habían enseñado mejor que eso. —Apuntando su arma hacia mi cuchillo, dice —Suéltalo.

Haciendo lo que él dice, sonrío. —Los Diablos si me enseñaron mejor. Aprendí a matar sin ningún arma antes de que me permitieran tocar una. Ni siquiera puedes sostener la tuya

correctamente.

Dirige su mirada hacia su pistola momentáneamente y sonríe. —Todo lo que necesito saber es cómo apretar el gatillo.

—Entonces, ¿por qué no lo haces?

—La misma razón por la que no me has matado con tus propias manos, supongo. —Se ríe como si la posibilidad fuera ridícula. —Necesito respuestas. Cuando me mostraron la fotografía de los muertos en la gasolinera, te vi. No podía creerlo, pero eras tú. ¿Cómo estás vivo? —Al igual que hizo hace tantos años, me rodea. —Todo este tiempo pensé que ya te había mandado al infierno.

—Y yo pensé que te habían arrojado por un precipicio.

Se ríe, sus ojos brillando de pura maldad. —Tuve que matar a Ismael. Tenía demasiados enemigos. Además, tener el apellido Montero me dejaba mal sabor en la boca.

—Es demasiado bueno para ti —siseo, viéndolo moverse a mi alrededor, completamente inconsciente de que se está acercando a donde lo quiero. Donde su arma será casi inútil contra mí.

Mi cuerpo se tensa, preparándose para ese ataque, donde tendré que desarmarlo antes de quitarle la vida. Un poco más cerca, pienso mientras camina detrás de mí.

Luego sus siguientes palabras me congelan, quitándome el aire de los pulmones y mi capacidad de moverme. —Amaba a Ana Patricia.

—¿Qué?

Esta vez, cuando vuelvo a ver su cara, está llorando. —La amaba.

Lo miro con incredulidad. —Mientes. Si la hubieras amado, no habrías hecho lo que hiciste.

Se seca las lágrimas. —No fue mi culpa, Alejandrito. Le di la opción. Pudiera haber sido mi reina. ¡Te eligió, como todos los demás!

—¿Entonces la vendiste porque ella no te quería?

Pareciendo desconcertado, niega con la cabeza. —No la vendí. Sólo el bebé. Si ella no iba a entregarse a mí, al menos nos haría ganar dinero. No es mi culpa que esos tontos decidieran abrirla demasiado pronto.

Un dolor inmenso me atraviesa el pecho al imaginar el sufrimiento que ella debe haber soportado. Lágrimas corren por mis mejillas, pero no hago ningún esfuerzo por secarlas.

Al ver esto, Ismael sonríe. —¿Quieres saber qué me dijo mientras se desangraba? Nombró a tu hijo.

Ana Patricia nombró a nuestro hijo.

Eso es lo que pasa por mi mente cuando Ismael levanta su arma y me apunta a la cabeza, colocando su dedo en el gatillo. De repente, no puedo encontrar la voluntad para moverme, para matarlo. Para vivir.

—¿Que nombre le dio? —pregunto cerrando los ojos, deseando tener la oportunidad de decirlo al menos una vez, y si tengo que morir por ello, que así sea.

—Lo nombro, Alejan... —se interrumpe.

Abro los ojos para ver a Sarah parada detrás de él con un largo tirador de herradura de acero sostenido firmemente en su puño y a mi hermano sangrando profusamente por la cabeza.

—¡Eso es por pensar que podrías llevarte a mi bebé! —ella le grita.

Ismael se toca la sien. En silencio raspa lo que parece materia cerebral y se lo lleva a la vista para inspeccionarlo más de cerca. Su boca funciona como la de un pez, como si estuviera tratando de formar palabras, pero no pudiera entender lo que le pasó.

Luego Sarah arquea el brazo hacia atrás y lo eleva por encima de su cabeza antes de bajarlo

con todas sus fuerzas. —Y esto es por lo que le hiciste a Ana Patricia.

Sangre salpica mi cara cuando la cabeza de mi hermano explota con la fuerza de la furia de Sarah. Su pecho se agita con enojo y lo mira fijamente con disgusto.

Cuando se da cuenta de lo que ha hecho, deja caer la herradura y se aleja.

Sus ojos se fijan en los míos. —¡Alejandro!

Nos acercamos y chocamos en un fuerte abrazo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —La abrazo fuertemente, sintiendo que está viva y conmigo. —Eres una chica estúpida y valiente. ¡¿Por qué volviste?!

Cuando se aleja, veo lagrimas rodando por sus mejillas. Sus manos ahuecan mi mandíbula. —No podría irme sin saber que estarías bien.

—Me salvaste la vida.

—Te vi entrando al establo. Cuando entré, escuché lo que te estaba diciendo, y cuando te quedaste allí, pensé… ¿Ibas a dejar que te matara?

Mirando hacia abajo con vergüenza, asiento. —Él sabía el nombre de mi hijo. Tenía que escucharlo.

—¡Ay, Alejandro! —Llora, luego me rodea con sus brazos nuevamente. —Ya se terminó.

¿Se terminó?

Porque esta vez, quiero estar seguro, miro a Ismael. A lo largo de mi tiempo con los Diablos, he visto muchas cosas terribles. Cuerpos en peor estado que el de mi hermano. Y, sin embargo, a pesar de todo lo que me quitó y de mi deseo de matarlo, ahora que yace allí con una mirada ciega, siento pena.

Supongo que es parte de la naturaleza humana cuando compartes tu infancia con alguien. Él se preocupó por mí una y otra vez. Me defendía de niños malévolos y tenía muchas peleas por mi culpa. Aceptó muchos castigos por mis travesuras, simplemente porque era el mayor.

Luego me quito lo que más quise.

Así que, lo amo y lo odio.

Acercándome a él, me agacho junto a su cabeza y le cierro los ojos. Está muerto y postrado ante Dios para juicio.

Noto que el sonido de la pelea afuera casi se ha detenido. Estoy a punto de levantarme cuando veo una figura en las sombras acechando a Sarah. Salto en acción, dejando que mi instinto se haga cargo.

Con un movimiento suave, ruedo hacia mi cuchillo que todavía está en el suelo y lo agarro por la empuñadura, arqueo el brazo hacia atrás y se lo lanzo con gran fuerza.

Él gruñe cuando lo golpea en el cuello y cae hacia atrás, retorciéndose solo por un momento antes de que termine abruptamente.

—Mierda, ni lo oí —dice Sarah, llevándose la mano al pecho.

Me quedo junto a ella y la acerco con un brazo. —Siempre hay rezagados.

Antes de salir, me aseguro de que el área esté despejada. Sólo se puede ver a los Diablos moviéndose, armados, buscando a cualquier enemigo sobreviviente.

Caminamos rápidamente hasta la casa principal. Santos está adentro con Andrés, ambos hombres desgastados.

—Patrón —le llamo.

Me mira con alivio. —Estas vivo.

—Mate a López —le informo. —En los establos. Pero… —hago una pausa por un momento. —Su nombre no era López. Era mi hermano. Ismael.

Casi se le salen los ojos a Santos. —¿Ismael?

—Sí.

Él permanece en silencio mientras parece considerar esto. —Algo me dice que tú eres la razón por la que vino.

Asiento con la cabeza. —Me vio en una fotografía tomada en la gasolinera cuando rescatamos a Sarah.

—Lo siento, buey. De veras.

—¿Por qué?

—Era tu hermano.

No respondo a eso. Él sabe muy bien que todavía podemos amar a quienes nos traicionan.

Como si necesitara algo para aligerar la pesada atmósfera de la habitación, Sarah cambia de tema. —¿Dónde está Sonia?

—En una habitación segura. Estoy tomando valor antes de dejarla salir —dice Santos. —No creas que los hombres de López hicieron esto —señala el montón de rasgaduras en su rostro. —¡Esa mujer es una cosa salvaje! —Se sonríe al decirlo porque eso es lo que lo atrae de ella. Luego, cuando ve a Sarah, frunce el ceño. —Montero, pensé que te había dicho que la enviaras a casa.

—Lo hiciste. —Aprieto el brazo protectoramente alrededor de ella.

—¿Tiene dificultades para seguir esa orden?

—Santos... —empiezo, pero él me interrumpe.

—Quiero que la lleves personalmente Los Ángeles. Y asegúrate de que se quede, incluso si tienes que convertirte en su guardián. No regreses hasta que el trabajo esté terminado.

Parpadeo confundido. —Pero mi trabajo es…

—¿Me estás cuestionando?

—No señor.

Sarah me mira y susurra —Dios mío, Alejandro.

—Tienes tus órdenes —continúa Santos. —No regreses hasta que el trabajo esté terminado. No importa cuánto tiempo lleve.

Mis cejas se contraen y se forma un nudo en mi garganta. Busco su mirada. —¿Me estás liberando de los Diablos?

—Nunca. Una vez Diablo, siempre Diablo. —Entonces la severidad de su voz se desvanece. —Me has sido leal durante ocho años. Yo también soy leal, Alejandro. Ella es un milagro en tu vida. —La voltea a ver. —No voy a quitarte eso. Quédate con ella. Si están destinados el uno para el otro, necesitas saberlo. Pero el día que te necesite de regreso…

—Aquí estaré. Gracias. —Lo abrazo como lo hacemos los hombres, con una rápida palmada en la espalda para transmitir que nos preocupamos.

—Cuídate, hermano.

Mientras Sarah y yo caminamos de la mano hacia mi habitación para poder hacer las maletas, ella me pregunta —¿Estás seguro de esto? ¿Quieres venir a casa conmigo?

—Si tú y la bebé me quieren. Porque yo las quiero a ambas.

Apoya su cabeza contra mi hombro, apretando su agarre en mi brazo. —No creo que Damián nos acepte de nuevo en su avión. Me prohibió la entrada cuando le puse una pistola en la cabeza —añade tímidamente.

Mi carcajada la hace sonreír. —Ojalá hubiera podido estar allí para ver eso. —La detengo y le levanto la barbilla para mirarla a los ojos. —No necesitamos a Damián. Nos tenemos tu y yo. —Inclinándome, beso sus suaves labios, los mismos que me cautivaron. Los que seguiré a cualquier parte.

Querido lector, gracias por leer Guarida del Diablo. Esta es la historia que introduce a Los Diablos del Sur, una organización de hombres mortales que harán todo por amor. Siguiente, esta la historia de Esteban, el billonario misterioso con el que Aurora se obsesiona, en Obsesión por un Diablo.

Para recibir alerta cuando el libro se publique, ¡sígueme en Amazon!

Es un hombre muy malo y sus caricias se han convertido en mi obsesión…

Reservado. Poderoso. Mortal.

Pocos han podido capturar más que un simple vistazo del infame Esteban Falcón, conocido por su costosa marca de tequila, y mejor aún por sus rumoreados vínculos con el cartel.

Es un criminal y mi única obsesión es exponerlo.

Decidida a entrar en su mundo, le pido que me dé lo que no le dará a nadie más. Una entrevista exclusiva.

Él acepta con una condición. Que yo le de lo que no le he dado a ningún hombre.

Mi virginidad.

Aidèe Jaimes es una autora Mexico-Americana de romance peligrosamente adictivo. Sus novelas en ingles están siendo traducidas en español.

Para mas información acerca de sus novelas, ve a www.aideejaimes.com, o su pagina en Facebook, Aidèe's Criminals.